EL AMOR LIBRE
EROS Y ANARQUÍA

OSVALDO BAIGORRIA
(COMPILADOR)



Osvaldo Baigorria

El amor libre

Eros y anarquía

Título original: *El amor libre*

Osvaldo Baigorria, 2006

Diseño de portada: Magdalena Jitrik

Editor digital: Moro

ePub base r1.0

El amor que aquí se llama libre cuestiona la doble moral, la hipocresía, el cinismo.

En esta selección de artículos escritos por militantes anarquistas en publicaciones de fin del XIX y principios del XX, junto a otros textos de origen contracultural y sensibilidad libertaria, se define al amor como un gesto que rompe las reglas sociales y económicas. Y se presentan argumentos y discusiones sobre el deseo, la posesión, los celos, las comunidades afectivas y otras formas de relacionarse ejerciendo el derecho de querer a dos o más seres en forma simultánea.

PRÓLOGO

Osvaldo Baigorria

Para defender al principio de amor libre se necesitan dosis parejas de inocencia y experiencia. Una vez desacralizados el matrimonio, la familia y la dupla varón-mujer unidos «de por vida», ¿qué si no la inocencia puede vincular la libertad al amor, en especial si a éste se lo entiende como pasión o atracción entre seres de carne y hueso? La experiencia susurra al oído que la fidelidad es imposible, que la monogamia es una ilusión y que las leyes del deseo triunfan siempre sobre las leyes de la costumbre. La inocencia grita que el amor sólo puede ser libre, que la pluralidad de afectos es un hecho y que el deseo obedece a un orden natural, anterior y superior a todo mandato social establecido.

Podría suponerse que inocencia equivale a ingenuidad, así como experiencia a cinismo. Pero varios de los autores reunidos en esta antología intuyeron que la emulsión resultante de la fórmula «amor-libertad» es mucho más compleja. Nunca hubo algo más difícil que ser libertario en las cuestiones de amor. Se puede serlo ante la autoridad, el trabajo o la propiedad, pero ante los vaivenes del corazón no hay principio, norma o idea que se sostenga firme en su sitio. ¿Hay alguien más parecido a un esclavo que un enamorado?

En tiempos de relativa paz (es decir, sin guerras nacionales, civiles o religiosas declaradas), los celos son las causa primera de homicidios. En nombre del amor, el ser humano mata, posee y somete a sus semejantes, al tiempo que es poseído por una fuerza o potencia que irrumpe no se sabe bien de dónde y lo arrastra hacia algún destino imposible de vaticinar. La posesión es la antítesis de la libertad. ¿Cómo uno puede ser verdaderamente libre cuando ama? Sólo mediante una reinvención de la palabra *amor*.

Eros es el antiguo nombre de esa potencia. Antes de que adquiriese el carácter sentimental personificado en un joven hermoso, hijo de Afrodita y de padre incierto (Hermes, Ares o el propio Zeus), que volaba con alas doradas y disparaba flechas a los corazones, era una fastidiosa fuerza aérea de la naturaleza que, como la vejez o las plagas, debía ser controlada para que no perturbase el funcionamiento social. Se supone que fue el primero de los dioses, ya que, sin él, ningún otro habría nacido. De todas maneras, siempre fue demasiado irresponsable como para formar parte de la hegemónica familia de los Doce olímpicos.

Podemos imaginar distintos acuerdos y conflictos en la hipotética unión entre Eros y Anarquía, sobre todo si a esta última no la entendemos sólo como un

orden social caracterizado por la ausencia de Estado. Se ha argumentado que *an-arché* es el rechazo de todo principio inicial o causa primera, de todo origen único y absoluto: «La causa primera nunca existió, nunca pudo existir… La causa primera es una causa que en sí misma no tiene causa o que es causa de sí misma» (Bakunin). Se ha descrito a la energía anárquica como un caos ciego de impulsos autónomos, así como una construcción voluntaria de formas asociativas entre fuerzas que luchan por afirmarse y reconocerse sin disolver las diferencias que las oponen (Proudhon). En vez de un modelo político utópico situado al final de los tiempos, se trataría de una potencia abierta a la creación constante de individuaciones (Simondon), acaso relacionada con la ancestral idea griega de *apeiron* que usó Anaximandro para describir ese fondo indefinido e indeterminado a partir del cual surgen sin cesar los seres individuales. Que este principio sin principio pueda unirse felizmente y sin peleas conyugales con aquel dios alado es algo que aún está por verse.

Por cierto, los autores aquí presentados no tienen una opinión única u homogénea sobre la pareja de Eros y Anarquía ni sobre su hijo legítimo: el amor libre. Por ejemplo: mientras que para Cardias —iniciador del experimento conocido como Colonia Cecilia en el Brasil del siglo XIX— el adulterio es la forma más indigna de ese amor, para Roberto de las Carreras la figura del Amante es bandera de lucha contra el matrimonio burgués, según el panfleto publicado en Montevideo en 1902, en el cual el autor relata cómo descubre a su propia mujer en brazos de otro hombre y, en vez de sentirse traicionado, exalta a la adúltera como la mejor alumna de su enseñanza eróticolibertaria.

Hemos titulado *El amor libre* a esta heterogénea —y mayormente heterosexual— selección de textos como homenaje a un título ya clásico de libros y artículos anarquistas y a un ideal que también pertenece a la tradición romántica y modernista. Se intenta mostrar así la diversidad de miradas históricas sobre la cuestión, reuniendo fragmentos escritos por militantes sociales en publicaciones de fin del siglo XIX y principios del XX, junto a otros de origen contracultural que, sin ser estrictamente anarquistas, presentan una sensibilidad libertaria en el tratamiento del tema.

Claro que se encontrarán suficientes acuerdos de fondo. El amor que aquí se llama *libre* es aquel que cuestiona toda doble moral, hipocresía o cinismo. Como dice René Chaughi en «El matrimonio es inmoral»: si dos personas desean unirse ante un dios, nada hay que criticar. Todo lo contrario: el problema es el carácter hipócrita de quienes aceptan someterse al rito religioso sin haber pisado una iglesia desde la primera comunión. La mentira pertenece, en esta concepción, al campo del enemigo. El militante anarco-erótico sería, ante todo, un moralista.

Durante mucho tiempo, amor libre fue sinónimo de *unión libre*: una relación no sujeta a leyes civiles ni religiosas. En épocas en las que el matrimonio era

indisoluble y el divorcio un horizonte polémico, la libertad de dos personas de unirse con prescindencia de la ley y de separarse «cuando el amor llegue a su fin» era motivo de escándalo pero no contenía necesariamente la posterior idea de liberación sexual. Además, era por lo general una definición de vínculo entre un varón y una mujer, no entre dos o más mujeres ni entre dos o más varones. Esa propuesta hoy puede ser vista como una demanda que cuestionaba al matrimonio jurídico y a la moral del siglo XIX pero que, de algún modo, quedaría obsoleta durante la segunda mitad del XX.

No obstante, el amor plural, la camaradería amorosa o el «maridaje comunal» son relatos y prácticas que los anarquistas que más pensaron sobre el tema ya manejaban hace casi ciento cincuenta años como formas de relación en las cuales la expresión «amor libre» significa literalmente aquello que hoy sugiere a nuestros oídos. Los militantes que defendieron esos modelos intentaron resolver acaso la cuestión más delicada que puede plantearse entre dos que se aman: qué hacer cuando aparece el deseo por otros u otras.

A ese deseo se lo puede negar. O puede reconocerse su irrupción aunque se utilicen instrumentos de contención o represión. Puede satisfacérselo con encuentros ocasionales prohibidos pero intentando autocontrolarse («no voy a enamorarme»). Mantener una relación paralela clandestina («es sólo sexo»); o sostener una pareja abierta («mi compañero lo sabe»); o lanzarse a experimentar dentro del laboratorio social modos diversos de intercambio de afectos y atracciones. Como ha dicho Woody Allen, el corazón es un órgano **muy** flexible.

Si observamos las distintas propuestas de formas innovadoras de relacionarse, como las comunidades afectivas, el amor entre camaradas libres, el «abrazo polimorfo»o el «beso amorfista», advertiremos que el grado de ruptura y la originalidad temática de estos autores no se destaca únicamente sobre el fondo de época en el que se desplegó su pluralidad de modelos. De hecho, ellos parecen tener vigencia en la medida en que perdure la compulsión bipersonal a entrar en pareja y casarse.

En verdad, sería difícil hallar un período histórico capaz de absorber o asimilar la radicalidad de algunas de estas soluciones a los problemas de la vida afectiva. Por ejemplo, la revolución sexual de la segunda mitad del siglo XX no es fácilmente homologable al amor libre, una noción más vieja y más contundente. Aunque la contracultura y el liberacionismo de las décadas de 1960-70 tenían influencias anárquicas, la idea de una sexualidad libre también se articuló con ciertos dispositivos de poder, incitó al sueño de múltiples intercambios sexuales sin pagar por ellos (libre en el sentido de *free*: gratuito) o bien legitimó la posibilidad de cosificar cuerpos acotados como objetos de deseo. Ya el reemplazo de «amor» por «sexo» implicó algún grado de pérdida de la inocencia.

En realidad, la noción de amor libre apunta más alto: no a la mera

posibilidad de tener múltiples relaciones sexuales sino a la de *amar a varias personas al mismo tiempo*. Reintroduce la noción de camaradería, de compañerismo afectivo. Afirma que se puede *querer bien* a (querer el bien de) dos o más seres simultáneamente. Insiste en que uno siempre está amando a varios al mismo tiempo, aunque con diferentes intensidades y propósitos. Apuesta, por lo tanto, a una nueva educación sentimental.

Desde luego, a una idea tan guapa se le pueden excusar sus fragilidades. Éstas se encontrarán en las bases de su misma construcción. El amor libre también se asienta sobre un acuerdo, pacto o modelo de conducta que intenta cabalgar sobre los cambiantes desplazamientos del deseo. Y es difícil llevar la rienda, manejar, calcular la polifacética naturaleza del flujo que lleva a dos o más cuerpos a unirse o apartarse con la misma inesperada e incontrolada fuerza pasional.

Como lo advirtió Bataille, en el campo de Eros siempre está en juego la disolución de las formas constituidas. La fusión de los amantes, pese a sus promesas de felicidad recíproca, introduce la perturbación y el desorden, elevando la atracción a un punto tal que incluso la privación transitoria de la presencia del otro puede llegar a sentirse como una amenaza de muerte. Amar, en cierto sentido, es vivir en el temor de la posible pérdida del amado.

Esto es lo que detecta Malatesta. En contra del amor libre como construcción teórica superpuesta artificialmente para reemplazar a la pareja monogámica, el texto del militante obrero y agitador italiano introduce una problematización más profunda del vínculo entre amor y libertad. Sin esperanza alguna de que un cambio radical de costumbres elimine las penas de amor, Malatesta recuerda que este sentimiento, para ser satisfecho, precisa de dos libertades que concuerden y que la reciprocidad es una ilusión desde el momento en que uno puede amar y no ser amado.

Alguien se une a otro por cierta promesa implícita de que ello va a colmar sus necesidades de compañía, goce, contención. La promesa añade que esa satisfacción será (deberá ser) correspondida. Luego, el aferrarse a tales demandas convierte a unos y a otros en poseídos y posesos. Hay proporciones extremas y moderadas de apego, pero es verdaderamente raro encontrar un amor entre seres humanos que no esté atravesado por esa obsesión.

Por su parte, en la *Enciclopedia Anarquista* de Sebastián Faure (ver el anexo «Glosario no monogámico básico»), Jean Marestan reflexiona sobre la conveniencia de que el amor se ennoblezca mediante la inteligencia y se desplace desde la pasión hacia sentimientos más dulces y duraderos: el compañerismo, la amistad, el cariño, la estima; o sea, afectos más suaves, livianos, lentos o moderados. Allí también se critica el deseo de posesión que es considerado no un mal en sí mismo sino cuando toma las proporciones extremas de la apropiación y el acaparamiento.

O sea que aquí el amor no es ningún absoluto, ni una esencia universal

inextinguible como lo sería un dios. Tampoco la libertad, un término relativo si los hay: siempre aparece en relación con otra cosa. Se es *libre de* algo o alguien. Libertad puede significar la ruptura de un mandato conyugal así como un librarse del amor entendido como atracción entre cuerpos. En este último caso, ser libre implicaría atravesar el campo del erotismo quizá para derivar hacia aquello que los cristianos llamaron *agapè* y los budistas *karuna*, más un amor-compasión que un amor-pasión, una entrega no egoísta a los otros, un don que se volcaría sobre todos los seres sin distinción. Un amor libre de atracción, posesividad, apego, propiedad. ¿Es posible? Si uno se libra del estar aferrado a una sola persona, ¿podrá sentir ese amor capaz de derramarse sobre todos sin diferenciación? ¿No es probable que termine, tarde o temprano, encadenándose a otro número limitado de objetos del deseo? Son preguntas que precisan ser encaradas si queremos entender mejor los puntos de tensión y equilibrio que presenta la conflictiva pareja de Eros y Anarquía.

A no dudarlo: en estas páginas se redefine al amor como un gesto que rompe las reglas sociales y económicas. Su fuerza destructora se dirige contra el cálculo, el interés, la manipulación; es decir, contra el mundo de lo profano y lo utilitario. Éstos serían los auténticos obstáculos para una voluntad de sentir que tiende a escapar de toda reglamentación. Los anarquistas del siglo XIX proponían destruir la familia jurídica justamente para que el sentimiento sea más sólido, durable, basado en una convicción interior. Se trataba, en suma, de reconocer, sincerar los vaivenes de la vida. Esa apuesta por la verdad es lo que convierte al amor libre en un principio esencialmente moral.

Sólo resta esperar que la fuerza de los argumentos expuestos en esta antología ilumine a quienes sospechan, sea por inocencia o experiencia, que ninguna forma ideal —ni siquiera la noción de amor libre— podrá colmar las expectativas de felicidad duradera («para toda la vida») de dos o más que se aman, así como ninguna convención, rito o regla aprobada ante testigos podrá sujetar por completo al anárquico movimiento de los corazones.

Buenos Aires, abril de 2006

1. LA UNIÓN LIBRE[1]

Los anarquistas rechazan la organización del matrimonio. Ellos aseveran que dos seres que se aman no necesitan permiso de un tercero para acostarse juntos; desde el momento en que su voluntad los conduce al lecho, la sociedad no tiene nada que ver en ello, careciendo del derecho de intervenir.

Los anarquistas dicen aun más. Por el acto de que se han consagrado el uno al otro, la unión del hombre y de la mujer no es indisoluble: ellos no están condenados a finalizar sus días viviendo unidos, si se vuelven antipáticos el uno al otro. Lo que la libre voluntad ha formado, la libre voluntad puede deshacerlo.

Bajo el imperio de la pasión, bajo la presión del deseo, dos seres no han visto más que buenas cualidades, han cerrado los ojos a los defectos, se han unido. He ahí que la vida común enturbia las cualidades, hace resaltar los defectos, exhibe ángulos que no saben redondear. ¿Será necesario que esos dos seres, porque se ilusionaron en un instante de efervescencia, paguen con toda una vida de sufrimientos el error de un momento, que les ha hecho juzgar como una pasión profunda y eterna lo que no era más que el resultado de una sobreexcitación nerviosa?

Entonces, pues, es preciso volver a nociones más sanas. ¿Acaso el amor del hombre y de la mujer no ha sido siempre más poderoso que todas las leyes, que todas las gazmoñerías, que todas las reprobaciones con que se ha pretendido atacar el cumplimiento del acto sexual? ¿Acaso, a pesar de la reprobación que se ha arrojado sobre la mujer que ha engañado a su marido —nosotros no hablamos del hombre que ha sabido siempre hacer la manga ancha en sus costumbres—, a pesar del rol de paria reservado por nuestras sociedades pudibundas a la soltera-madre, se ha impedido una sola vez a las esposas hacer a sus maridos cornudos, y a las hijas entregarse a quienes les place o aprovechar el momento en que los sentidos hablan más poderosamente que la reflexión?

La historia, la literatura, no hablan más que de hombres y de mujeres encornudados, de hijas seducidas. Por algunos espíritus apasionados, débiles y timoratos que se suicidan en unión del ser amado por no atreverse a romper con las preocupaciones, por carecer de fuerza moral para luchar contra los obstáculos que los oprimen, contra las costumbres y el idiotismo de parientes imbéciles, son innumerables los que se burlan de tales supersticiones… en secreto. Eso sólo ha servido para convertirnos en trapaceros e hipócritas; nada más. ¿Por qué encapricharse en reglamentar lo que ha escapado a tantos siglos de opresión? Reconozcamos, pues, de una buena vez por todas, que los sentimientos del hombre escapan a toda reglamentación y que se precisa la libertad más completa para que pueda expandirse normal y completamente. Sed menos puritanos, y nosotros

seremos más francos, más morales.

Queriendo el hombre propietario transmitir a sus descendientes el fruto de sus rapiñas y habiendo sido la mujer hasta hoy juzgada como inferior, y más como una propiedad que como un asociado, es evidente que el hombre ha sugestionado a su familia para asegurar la supremacía sobre la mujer; y para poder, a su muerte, transmitir sus bienes a sus descendientes; así, ha sido necesario declarar la familia indisoluble. Basada sobre el interés, y no sobre el amor, es evidente que necesitaba una fuerza y una sanción para impedir que se disgregara bajo los choques ocasionados por el antagonismo de intereses. Luego, los anarquistas, acusados de pretender la destrucción de la familia, quieren justamente destruir ese antagonismo, basando (a la familia) sobre el amor para hacerla más durable. Ellos no han erigido jamás en principio que el hombre y la mujer a quienes plazca finalizar sus días juntos no podrán hacerlo bajo el pretexto de que habrían hecho una unión libre. Ellos no han dicho jamás que el padre y la madre no puedan educar a sus hijos, porque piden que se respete la voluntad de estos últimos, que no sean considerados como una cosa, como una propiedad por sus ascendientes. En verdad, ellos quieren abolir la familia jurídica; ellos quieren que el hombre y la mujer sean libres para entregarse o rechazarse cuando les plazca. Ellos refutan toda ley estúpida e uniforme que reglamente los transportes de sentimientos tan complejos y tan variados como los que preceden al amor.

Si los sentimientos del ser humano están inclinados hacia la inconstancia; si su amor no puede fijarse sobre el mismo objeto, como pretenden aquellos que quieren reglamentar las relaciones sexuales, ¡qué nos importa! ¿Qué podemos nosotros hacerle? Puesto que, hasta el presente, la opresión no ha podido impedir nada, pues sólo nos ha dado nuevos vicios, dejemos libre la naturaleza humana, dejémosla evolucionar hacia donde la conducen sus tendencias, sus aspiraciones. Ella es, en la actualidad, bastante inteligente para saber reconocer lo que le es útil o perjudicial; para reconocer, con su experiencia, en qué sentido debe evolucionar.

Cuando el hombre y la mujer se amen verdaderamente, ese amor tendrá por resultado inducirlos, recíprocamente, a tratar de merecer las caricias del ser que han elegido. Suponiendo que el compañero o la compañera que se ama puede volar del nido el día en que no encontrara más la satisfacción que apetecía, cada individuo hará cuanto le sea dable para atraérselo completamente. Como en esa especie de pájaros en que, en la estación del amor, el macho se reviste de un plumaje nuevo y brillante para seducir la hembra cuyas simpatías quiere captarse, los humanos cultivarán las cualidades morales que deben hacer agradables su cariño y su compañía. Basadas sobre esos sentimientos, las uniones serán mucho más indisolubles que lo que podrían hacerlas las leyes más feroces, la opresión más violenta.

Nosotros no hemos hecho la crítica del matrimonio actual, que equivale a la

prostitución más vergonzosa. Matrimonios de negocios, en que los sentimientos efectivos no desempeñan ningún rol; matrimonios de conveniencias de rango —en las familias burguesas, sobre todo— convenidos por los padres, sin consultar a aquellos que se unen; matrimonios desproporcionados, en los que se ve a ancianos paralíticos, gracias a su dinero, unir su vieja estantigua, amenazando con la ruina a la frescura belleza de la juventud; viejas picaronas comprando, a fuerza de dinero, la complacencia de jóvenes ambiciosos, que pagan con su piel y un poco de su vergüenza la sed de enriquecerse. Esta crítica ha sido hecha y rehecha. A nosotros nos basta demostrar que la unión social no ha revestido siempre las mismas formalidades, que únicamente desprendiéndose de toda traba puede propender a conquistar su mayor grado de dignidad. ¡A que bueno, pues, buscar otra cosa!

2. EL MATRIMONIO ES INMORAL[2]

Rene Chaughi

Dos seres, un hombre y una mujer, se aman. ¿Acaso pensamos que serán lo suficiente discretos para no pregonar de casa en casa el día y la hora en que…? Pensamos mal. Esta gente no parará hasta que hayan participado a todo el mundo sus propósitos: parientes, amigos, proveedores y vecinos recibirán la confidencia. Hasta entonces no creerán permitida la «cosa». Y no hablo de los matrimonios de interés, en los que la inmoralidad es flagrante desde un principio; me ocupo del amor, y veo que, lejos de purificarlo y darle una sanción que no ha menester, el matrimonio lo rebaja y lo envilece.

El futuro esposo se dirige al padre y a la madre y les pide permiso para acostarse con su hija. Esto es ya de un gusto dudoso. ¿Qué responden los padres? Deseosos de asimilar su hija a esas damas tan necias, ridículas y distinguidas como ricas, quieren conocer el contenido de su portamonedas, su situación en el mundo, su porvenir; en una palabra, saber si es un tonto serio. No hay otra expresión mejor para calificar a este tratante.

Veamos a nuestro joven aceptado. No pensemos que la serie de inmoralidades está cerrada: no hace más que comenzar. Desde luego, cada uno va en busca de su notario, y tienen principio, entre las dos partes, largas y agrias discusiones de comerciante en las que cada uno quiere recibir mucho más de lo que da; dicho de otro modo: en las que cada uno trata de hacer su negocio. La poca inclinación que los dos jóvenes pueden sentir el uno por el otro, los padres parecen empeñarse en desvanecerla, emporcándola y ahogándola bajo sórdidas preocupaciones de lucro. Después vienen las amonestaciones en las que se hace saber, a son de trompetas, que en tal fecha el señor «X» fornicará, por primera vez, con la señorita «Y».

Pensando en estas cosas, uno se pregunta cómo es posible que una muchacha reputada y púdica pueda soportar todo esto sin morirse de vergüenza. Pero es, sobre todo, el día de la boda, con sus ceremonias y costumbres absurdas, lo que encuentro profundamente inmoral y, digámoslo en una palabra, obsceno. Aparece la prometida arreglada —como los antiguos adornaban a las víctimas antes de inmolarlas sobre el altar— con vestimentas ridículas; esa ropa blanca y esas flores de azahar forman un símbolo completamente fuera de lugar: fijan la atención sobre el acto que se va a realizar y se hacen insistentes de una manera vergonzosa.

¿Hablaré de los invitados? ¿De su modo de vestir tan pretenciosamente

abobado, sus arreos tan risibles como enfáticos, sus maneras pomposas y tontas, sus juegos de una fealdad extraordinaria? ¿Enumeraré todas estas gentes estiradas, empomadas, acicaladas, enfileradas, apretadas, rizadas, embutidas en sus vestimentas, los pies magullados en estrechas botinas, las manos comprimidas por los guantes, el cogote molido por el cuello postizo; todo este mundo preocupado de no ensuciarse, ansioso de engullir, «hambrones», como les dice el poeta, venidos con la esperanza de procurarse una de esas comidas que forman época en la existencia de un hombre gorrón?

¿Cómo pueden dos jóvenes resolverse, sin repugnancia, a comenzar su dicha ante una decoración tan abominablemente grotesca, a realizar su amor entre estas máscaras y en medio de tan asquerosas caricaturas?

En la calle se corre para verlos: totalmente son cómicos; las comadres asoman a las puertas, los chiquillos gritan y corren. Cada uno procura ver a la desposada: los hombres con ojos de codicia, las mujeres con miradas denigrantes; y, por todo, se oyen soeces alusiones a la noche nupcial, frases de doble sentido que dejan entender —¡oh, tan discretamente!— que el esposo no pasará mal rato. Y ella, pobre muchacha, el dulce cordero, causa y fin de tan estúpidas bromas, cuyas tres cuartas partes llegan a sus oídos, sin duda alguna, ¿se esconde en un rincón del carruaje, tras la obesidad propicia de sus padres? ¡Oh, no! Ella, entronizada descaradamente en su carruaje, se asoma a la ventanilla sonriente para atraer la atención de la multitud. Y lo que la vuelve radiante de alegría, mucho más que el amor del prometido y la legítima satisfacción fisiológica, es considerarse mirada y envidiada; es poder eclipsar —aunque no sea más que por un día— a las peor vestidas, burlarse de sus antiguas amigas que permanecen solteras, crear en torno de sí celos y tristezas, en fin, ostentar esa ropa impúdica que la ofrece a las risas del público y debían llenarla de vergüenza. Bien considerado, todo esto es de un cinismo que subleva.

Después, en la alcaldía, donde oficia un señor cualquiera, sin otro prestigio que la ostentación de una banda azul, blanca y roja. Tras la desolante lectura de algunos artículos de un código idiota, humillante e insultante para la dignidad de los dos seres a quienes se aplican, el individuo de la banda patriótica pronuncia una elocución vulgar, pedestre, y todo está terminado. He ahí nuestros dos héroes unidos definitivamente. Sin esa algarabía preliminar, la fornicación de esta noche habría sido una cosa impropia y criminal; pero gracias, sin duda, a las palabras mágicas del hombre de la banda tricolor, ese mismo acto es una cosa sana y normal… ¡Qué digo!, un deber social. ¡Oh, misterio ante el cual aquello de la Trinidad no es más que un juego de niños!

Por mi parte hubiera creído todo lo contrarío. Me parece que un joven y una muchacha que por primera vez se deciden a ejecutar el acto sexual, antes hubieran procurado evitar la publicidad. El acto sexual, aun efectuado de incógnito, no deja

de producir molestias; con mayor motivo ante testigos. Parece que esto es inmoral, y que lo moral, noble y delicado es ir a hacer confidencias a un cagatintas gracioso, obtener un permiso, hacerse inscribir y numerar en un registro, como los caballos de carrera cuya descendencia se vigila o el rebaño que se cruza sabiamente.

¿Cómo no ver que si el Estado requiere estas formalidades ultrajantes es sólo por propio interés, a fin de no perder de vista a sus contribuyentes, de conservarlos en el espíritu de obediencia y de poder echar mano fácilmente sobre los futuros vástagos? Es preciso estar inscrito en alguna parte; y si no es en la Alcaldía, será en la Prefectura de Policía. En lista, siempre en lista; no escapamos. El matrimonio es un medio de esclavizar más a los hombres. Defendedle, pues, como instrumento de dominación, como sostén del orden actual si queréis. Pero no habléis de moral.

El cortejo se forma para ir a la iglesia. La sanción que el matrimonio civil no ha podido otorgar a la unión de dos jóvenes, ¿la dará el matrimonio religioso? Sí, si ellos creen en un Dios y ven en el sacerdote su representante terrestre. En tal caso nada hay que decir. Esto admitido, puede admitirse encima todo cuanto se quiera, y es preciso no extrañarse de nada.

Pero no ocurre así la mayoría de las veces. Algunos no ponen los pies en ninguna iglesia después de la primera comunión. Y si entran hoy, es para hacer como los demás: por conveniencia y, sobre todo, para que la ceremonia sea más bella, la fiesta más completa; para ejecutar su ejercicio ante una luz más viva aún, más brillante.

Durante la misa, las damas murmuran, secretean, ordenando los pliegues de sus vestidos, procurando hacer valer sus gracias y salpicándose mutuamente, haciendo carantoñas bajo las miradas libidinosas de los hombres. Éstos, mirando de soslayo, lanzan frases gordas, sintiendo impaciencia por cargar con tales mujeres. Y mientras el cura con cara socarrona amonesta a los nuevos esposos, el sacristán ataca a los bolsillos de los asistentes.

Los jóvenes esposos han comenzado su unión mintiéndose a sí mismos y mintiendo a los demás, aceptando una fe que no es la suya, prestando el apoyo de su ejemplo a creencias que ellos juzgan quizá perjudiciales, seguramente erróneas y de las que se reirán entre bastidores. Este bonito debut de existencia en la mentira y la hipocresía parece ser la sanción definitiva de su unión, el sello misterioso que la proclama santa e irrevocable. Esta moral es para nosotros el colmo de la inmoralidad. Guardaos de ella.

Una vez hartos los invitados, toman de nuevo los coches, a fin de exhibirse por última vez ante el público: «Miren bien a la desposada vestida de blanco, señoras y caballeros; todavía es pura; pero esta noche dejará de serlo. Es aquel joven gallardo quien se encarga de ello. Séquense los ojos, que nada cuesta». Por un momento se los invitará a palpar. Todos los viandantes se animan ante la vista de esta bestia curiosa… que sueñan poseer. ¿De cuánta inconciencia debe estar

dotada una muchacha para aguantar eso sin saltarle el corazón?

La jornada, tan bien comenzada, acaba aún mejor. Se preludia el ayuntamiento de cuerpos, por medio de una costumbre gráfica general. Algunos, en vista de la boda, ayunan muchos días. Se atiborran. El exceso de nutrición y de vinos hincha el rostro, inyecta los ojos, embrutece más los cerebros; los estómagos se congestionan y también los bajo vientres. En un acuerdo tácito, todos los pensamientos convergen hacia la obra de reproducción; las conversaciones se vuelven genitales. Con velada frase se reproduce la buena picardía de nuestros padres; toda la deliciosa pornografía que floreció bajo el sol de Francia triunfa de nuevo. Las risas se mezclan a los eructos de la digestión penosa. Y todos los ojos acechan ávidamente la sofocación creciente de las mejillas de la esposa. En vano. La casta muchacha de frente pura parece tan desahogada ante esta ignominia como un viejo senador en una casa de citas. No chista. Y gracias que a los postres no venga algún cuplé picaresco a excitar de nuevo el erotismo de los convidados y se haga necesario, en casa de la desposada, un simulacro de confusión. Parece como que se quiere envilecer, a los ojos de los nuevos esposos, la función por la cual se han unido; parece que quieren volverla más bestial de lo que ella es en sí, como si fuese necesario que su realización se acompañe de una indigestión, como si fuese indispensable que una tan delicada e importante revelación se inaugurase ante una asamblea de borrachos.

¡Ah! Mira, desgraciada, mira todas estas gentes honradas que devuelven por la boca el exceso de comida con que se atragantaron. Éstas son las personas virtuosas que profesan una moral rígida. Están casados también; sus juergas han recibido la sanción legal y el sello divino; también los monos deformes que ellos engendran son de una cualidad superior a la de los demás. Míralos: éste de aquí tiene toda una progenitura en la ciudad; el otro se hace fabricar sus herederos por el vecino de encima; el señor y la señora «X» se arañan diariamente; aquéllos están separados, éstos divorciados; este vejete compró a buen precio a esa hermosa muchacha; este joven se casó con esa vieja por su dinero; en cuanto a aquel matrimonio de allá, todos saben que prospera, a pesar de ser tenido por modelo, gracias a las escapadas de la esposa y a los ojos, complacientemente cerrados, del marido. Y es, quizás, el menos repugnante de todos, puesto que, al menos, esos dos se entienden perfectamente. Pero todas estas gentes son honradas; todas ellas se han hecho inscribir. Sus porquerías han recibido el visto bueno del hombre de la banda tricolor y del hombre de la sobrepelliz. Por eso son bien recibidos en todas partes, mientras que las puertas se cierran para aquellos que han cometido la torpeza de amarse lealmente, sin número de orden y sin ceremonia alguna. ¡La cámara nupcial…!

Teóricamente, la desposada nada sabe del misterio de los sexos; ignora el fin verdadero, único, del matrimonio. Si sabe alguna cosa, es fraudulentamente y en

menosprecio de las indicaciones maternales. ¿Qué vale, pues, este «sí» que ha dado ante una demanda cuya entera significación desconoce? ¿Qué caso hacen, pues, de su personalidad en todo esto, disponiendo de su cuerpo sin su consentimiento, al dejarla, ángel de candor, flor de pureza, entre los brazos de un pimiento sobreexcitado e inconsciente? ¡Qué! ¿Ustedes le darán vuestra hija a un individuo cualquiera, que apenas los conoce, quizá plagado de vicios extraños, en el que la educación carnal, sexual, se ha hecho quién sabe dónde; ustedes la abandonarán para que hagan de ella su fantasía secreta, y eso sin prevenirla? ¡Pues esto es monstruosamente abominable! ¡Pues esto es una esclavitud peor que las otras, más infamante y más horrorosa que ninguna! ¿Qué puede haber más forzado para una mujer que ser poseída a pesar suyo? ¿El acto sexual no es, según que se consienta o no, la más grande alegría de las alegrías o la más grande de las humillaciones?

¡Ah, si la libertad está de acuerdo con la moral, debe existir en la cuestión del amor o en parte alguna! Este matrimonio no es más que una violencia pública preparada en una orgía.

3. CARTA A PABLO

Mijail Bakunin[3]

París, 29 de marzo de 1845

Soy el mismo, como antes, enemigo declarado de la realidad existente, sólo con esta diferencia: que he cesado de ser teórico, que he vencido, en fin, en mí, la metafísica y la filosofía, y que me he arrojado enteramente, con toda mi alma, en el mundo práctico, el mundo del hecho real.

Créeme, amigo, la vida es bella; ahora tengo pleno derecho a decir eso, porque he cesado hace mucho de mirarla a través de las construcciones teóricas y a no conocerla más que en fantasía, porque he experimentado efectivamente muchas de sus amarguras, he sufrido mucho y he caído a menudo en la desesperación.

Yo amo, Pablo, amo apasionadamente: no sé si puedo ser amado como yo quisiera serlo, pero no desespero; sé al menos que se tiene mucha simpatía hacia mí; debo y quiero merecer el amor de aquella a quien amo, amándola religiosamente, es decir, activamente; ella está sometida a la más terrible y a la más infame esclavitud y debo libertarla combatiendo a sus opresores y encendiendo en su corazón el sentimiento de su propia dignidad, suscitando en ella el amor y la necesidad de la libertad, los instintos de la rebeldía y de la independencia, recordándole el sentimiento de su fuerza y de sus derechos.

Amar es querer la libertad, la completa independencia de otro; el primer acto del verdadero amor es la emancipación completa del objeto que se ama; no se puede amar verdaderamente más que a un ser perfectamente libre, independiente, no sólo de todos los demás, sino aun y sobre todo de aquel de quien se es amado y a quien se ama.

He ahí mi profesión de fe política, social y religiosa, he ahí el sentido íntimo, no sólo de mis actos y de mis tendencias políticas, sino también, en tanto que puedo, el de mi existencia particular e individual; porque el tiempo en que podrían ser separados esos dos géneros de acción está muy lejos de nosotros; ahora el hombre quiere la libertad en todas las acepciones y en todas las aplicaciones de esa palabra, o bien no la quiere de ningún modo; querer la dependencia de aquel a quien se ama es amar una cosa y no un ser humano, porque no se distingue el ser humano de la cosa más que por la libertad; y si el amor implicase también la dependencia, sería lo más peligroso e infame del mundo, porque sería entonces una fuente inagotable de esclavitud y de embrutecimiento para la humanidad.

Todo lo que emancipa a los hombres, todo lo que, al hacerlos volver a sí mismos, suscita en ellos el principio de su vida propia, de su actividad original y

realmente independiente, todo lo que les da la fuerza para ser ellos mismos, es verdad; todo el resto es falso, liberticida, absurdo. Emancipar al hombre, he ahí la única influencia legítima y bienhechora.

Abajo todos los dogmas religiosos y filosóficos —no son más que mentiras—; la verdad no es una teoría, sino un hecho; la vida misma es la comunidad de hombres libres e independientes, es la santa unidad del amor que brota de las profundidades misteriosas e infinitas de la libertad individual.

4. LO ÚNICO Y LA PLURALIDAD

Luigi Fabbri[4]

Una de las cuestiones que han sido siempre debatidas más y con mayor ardor, hasta poco tiempo atrás entre los anarquistas, y antes aún entre los socialistas, es la del amor, la familia y las relaciones sexuales.

La cuestión en realidad tiene mucha menos importancia de la que se le ha dado en ciertos momentos; pero si su importancia ha sido exagerada, ello depende de los prejuicios que tienden a complicar una cuestión por sí misma muy simple, prejuicios dependientes del hecho de que los hombres, muchos hombres, a pesar de su desprejuicio moral y su ardor revolucionario, no lograban considerar a la mujer como a su igual con el mismo derecho de disponer libremente de sí, sino como un ser más débil e inferior a quien proteger y sobre quien ejercer siempre alguna autoridad, aunque disimulada y benévola.

Este sentimiento no falta tampoco hoy en muchas personas —a pesar de que sobre esta cuestión la conciencia humana se haya vuelto mucho más libre desde hace ya algún tiempo— pero es un sentimiento inconsciente que no se confiesa siquiera a sí mismo. Es el que constituye, en unos, el substrato de una resistencia mayor a admitir también en este campo el derecho soberano de la libertad; y en otros, es la fuente de renacientes preocupaciones sobre las consecuencias de una libertad que sin embargo creen reconocer.

En los primeros tiempos, al aparecer las ideas socialistas y anarquistas, hacia mediados del siglo XIX, era una necesidad discutir el problema de las relaciones entre los sexos por perdurar en el público las viejas leyendas sobre el «comunismo de la mujer» y para hacer comprender que el comunismo moderno no tenía en esto ninguna relación con los sistemas comunistas medioevales o de la antigüedad, cuando la mujer era considerada un objeto, una propiedad que se podía poner en común como la tierra o el ganado.

Luego, el interés por esta clase de problemas ha continuado también por esa atracción natural que ejerce sobre todos un asunto que está unido a una de las fuentes más vivas de la alegría de vivir. Y casi había la tendencia de hacer más complicada la cuestión, para tener mayor ocasión de discutirla.

Y sin embargo, repito, la cuestión es sumamente simple. Para los anarquistas es más simple aún, en cuanto el concepto de libertad, que es la base de su doctrina, corta, como suele decirse, la cabeza al toro.

La anarquía dice: ningún patrón, ningún gobierno, ninguna autoridad coercitiva, ninguna explotación. Y por consiguiente, en relación con el amor, la anarquía no puede decir sino una sola cosa: abolición del matrimonio oficial, de las

leyes que lo regulan, de la esclavitud económica que lo impone, de la prepotencia del macho sobre la hembra, que es el origen o la consecuencia de ese matrimonio. Cuando ya no existan el salario y la explotación, cuando ya no existan (como dice el poeta) *il sindaco e il curato che torcono il capestro a i nostri amori*, entonces el amor será libre, verdaderamente libre en el sentido anarquista, es decir en el sentido que cada uno se regulará como mejor pueda o crea. ¿Pluralidad de amores? ¿Amor único? Será lo que será…

Quien tenga el deseo de una sola mujer toda para él y sienta no poder amar más que a una mujer sola, buscará una que tenga esta misma necesidad y este mismo deseo. Aquellos a quienes guste más volar de flor en flor harán su gusto, siempre que encuentren flores bastantes y deseosas de dejarse libar por bocas diversas. Y tan absurda es la pretensión del que quiere que el perfecto anarquista ame una sola mujer, como la del que creería una incoherencia el no plegarse a lo que en tiempo de aberración filosófica amaba llamarse el beso amorfista.

El amor es un sentimiento complejo y una necesidad muy individual, muy diversa en sus mil manifestaciones para que los anarquistas puedan adoptar al respecto una sola y exclusiva teoría y regla de conducta. La anarquía no puede decir acerca del amor, al hombre y a la mujer más que una cosa: ¡haced lo que queráis! Cuando estéis contentos vosotros y no haya coerción de una parte o de la otra, los demás no tienen nada que ver en vuestros asuntos.

Pero decir que la cuestión es simple no significa que de ella no deriven problemas prácticos merecedores de ser examinados. Yo tuve, por ejemplo, hace algunos años, una discusión con una culta señorita que, aunque profesando ideas libertarias y aun estando de acuerdo con los anarquistas en torno del concepto del amor libre, veía en la práctica una fuerte contradicción entre aquel concepto de libertad absoluta y las necesidades imperiosas de la vida moderna. Concluía, con un sentimiento de pesimismo desconsolador, y sin embargo injustificado, que la mujer anarquista en el ambiente social está expuesta a menudo a un duro trance: o renunciar a las alegrías del amor o sujetarse al matrimonio, menoscabando su dignidad y su personalidad anarquista. Según ella, la unión libre, practicada en el seno de la sociedad actual, tiene para la mujer, en relación con el hombre, 99 probabilidades sobre 100 de resolverse pronto o tarde en una condición económica y moral de vida más desgraciada. «En el actual estado de cosas —decía ella— el matrimonio legal es todavía una garantía para la mujer, que, aun separada del marido, encuentra apoyo en la sociedad, pronta, en cambio, a maltratar a la amante abandonada y hacerle difícil la existencia a ella y a su prole.»

En parte, convengamos, mi contradictora tenía razón. El amor libre, es decir la ausencia de todo contrato legal entre un hombre y una mujer unidos sexualmente, no se tendrá sino en un ambiente más evolucionado que el actual; es decir, cuando el prejuicio moral de algunos no pueda ya oprimir ferozmente la

libertad y los sentimientos ajenos, negando a éstos, cuando no sean obsecuentes con aquéllos, hasta el derecho al pan cotidiano.

Pero se trata de una verdad relativa y no de una verdad absoluta. También hoy hay ambientes en los que, por razones diversas, el amor libre, como quiera que sea practicado, no levanta más que débiles protestas y no es en absoluto un obstáculo para la existencia material de la mujer y de sus hijos. Se sustraen muy bien a la prepotencia del prejuicio matrimonial los que son económicamente independientes, cuando el hombre y la mujer tienen asegurados el pan para toda la vida, ya por ser ricos, ya porque ejercen un trabajo bastante remunerativo para cada uno de ellos.

Hay, además, en plena sociedad moderna, no pocos ambientes en que el amor libre es posible porque precisamente allí la moral está tan evolucionada o ausente, que nadie se encarga de saber si su vecino, cuando se unió a una mujer, fue al registro civil o a la iglesia. Hay ambientes donde las preocupaciones de la lucha por la vida, la miseria, la vertiginosa actividad social no permiten la pérdida de tiempo en informarse si el vecino está unido legalmente o no, si la obrera o la empleada vive sola o acompañada con un hombre, si la unión ha sido sancionada por la ley o es libre u ocasional.

En verdad no hay asunto que sea más de carácter privado que el amor, y en el que cada uno tenga mayor derecho a poner en práctica el consejo de Rabelais: *¡haz lo que quieras!*

Si la mujer tiene el valor de pasar sobre todas las convenciones sociales, si no tiene miedo de luchar con las ignotas probabilidades del porvenir, si el amor es fuerte y es fuerte a la vez el deseo de hacer una afrenta a las leyes; y bien, tome del brazo a su enamorado y váyase a dormir con él, riéndose de todo y de todos. ¡Tal vez las consecuencias no sean tan tristes como algunos se imaginan!

O bien el amor, aun siendo fuerte, es superado por la repugnancia hacia todo lazo legal; y la mujer no quiere en modo alguno someterse a una ceremonia de la cual no reconoce la autoridad, pero al mismo tiempo le falta coraje para afrontar las incertidumbres y las posibles miserias de una unión libre que puede concluir con el abandono y con el hambre para ella y los hijos; y bien, renuncie al amor o gócelo de modo de eludir la crítica y las observaciones del ambiente en que vive.

Si, en fin, a toda costa ella quiere tener su parte de alegría en el banquete del amor, y no puede alcanzar su objeto sin la sanción del alcalde; entonces, matrimonio legal y… ¡buenas noches! No habrá renegado de la anarquía sólo por haberse plegado a una de esas transacciones, como tantas que se hacen en la vida ordinaria. Porque si un día el lazo matrimonial se volviese para ella insoportable, sabrá encontrar en la necesidad y en su espíritu de revuelta la fuerza para romperlo, mofándose de toda traba legal.

En la vida real, por lo demás, el caso de que una mujer espiritualmente emancipada esté constreñida sin remedio a escoger entre estos extremos —o sacrificio de su personalidad, o sacrificio de su necesidad de amor, o bien privaciones y penas para sí y los hijitos—, es un caso que nunca se da tan rígidamente como se lo pinta en el papel. Entre esas tristísimas condiciones siempre se puede escoger muchas y muchas otras más acordes con las necesidades y con las leyes de la vida y no contradictorias con las ideas anarquistas.

Si la anarquía quiere para el hombre y para la mujer la satisfacción integral de todas sus necesidades, no será demasiado rígidamente severa para quien, por satisfacer la más imperiosa de todas las necesidades, tolere una sanción no necesaria, que por lo demás no es dañosa mientras no se siente la necesidad de rebelarse contra ella. El matrimonio es inmoral no tanto por la estúpida formalidad legal con que comienza cuanto por su pretensión de ligar a dos seres aun cuando éstos no se aman más. Dos seres que se aman; poco importa, para su libertad, que estén unidos o no en matrimonio legal. Lo importante es que cuando no se amen más sepan romper el lazo que desde ese momento se vuelve una tiranía de las más feroces, sea ése un lazo legal o sea un lazo contraído por simple consentimiento recíproco y que no se tiene el valor de cortar.

La aplicación rígida de una teoría, especialmente en el seno de una sociedad espiritualmente y de hecho hostil en lo que respecta a las necesidades más imperiosas de la existencia, no es siempre posible. Su aplicación integral se obtendrá sólo cuando haya triunfado sobre las instituciones, las costumbres y la moral del momento.

No quisiera ser mal interpretado y que se me creyese un predicador de la debilidad. Cuando señalo las contradicciones a que nos obligan por fuerza, con tanta frecuencia, las necesidades de la vida, no quiero incluir en absoluto ciertas contradicciones en las que se cae porque se quiere caer, sin ninguna necesidad real y sólo en homenaje a supersticiones muertas hace tiempo.

El amor es un sentimiento tan potente y sapiente que encuentra las vías de la libertad a través de todas las trabas de las leyes y de las supersticiones; aun en el pútrido ambiente actual sabe encontrar el modo de construir para el hombre y la mujer libres un nido íntimo de deleite para las almas y los sentidos.

Este nido, cálido por un sentimiento que no durará solamente un día, si está hecho de espontaneidad y no sugerido por el interés, también pueden los anarquistas y los revolucionarios construírselo para hacer de él un lugar de reparo, de consuelo y de reposo, en el cual tomar nuevas fuerzas para las luchas de la vida y de la idea, y del cual volver con renovada energía a combatir para conquistar para todos el derecho al pan y a la libertad, a la belleza y al amor.

5. MAL DE AMORES[5]

Errico Malatesta[6]

Digámoslo de inmediato: nosotros no tenemos ninguna solución para remediar los males que provienen del amor, porque éstos no se pueden destruir con reformas sociales ni con un cambio de costumbres. Están determinados por sentimientos profundos, podríamos decir fisiológicos del hombre, y no son modificables, cuando lo son, sino por una lenta evolución y de un modo que no podemos prever.

Queremos la libertad; queremos que los hombres y las mujeres puedan amarse y unirse libremente sin otro motivo que el amor, sin ninguna violencia legal, económica o física.

Pero la libertad, aun siendo la única solución que podemos y debemos ofrecer, no resuelve radicalmente el problema, dado que el amor, para ser satisfecho, tiene necesidad de dos libertades que concuerden y que a menudo no concuerdan de modo alguno; pues la libertad de hacer lo que se quiere es una frase desprovista de sentido cuando no se sabe querer algo.

Es muy fácil decir: «Cuando un hombre y una mujer se aman, se unen, y cuando dejan de amarse, se separan». Pero sería necesario, para que este principio se convirtiese en regla general y segura de felicidad, que se amaran y cesaran de amarse al mismo tiempo. Pero ¿y si uno ama y no es amado? ¿Y si mientras uno ama, el otro ya no lo hace y trata de satisfacer a una nueva pasión? ¿Y si uno ama al mismo tiempo a varias personas que no pueden adaptarse a esa promiscuidad?

«Yo soy feo», nos decía un amigo; «¿qué haré si nadie me quiere?». La pregunta mueve a risa, pero también nos deja entrever verdaderas tragedias.

Otro, preocupado por el mismo problema, decía: «Hoy, si no encuentro amor, lo compro, aunque tenga que economizar mi pan. ¿Qué haré cuando no haya mujeres que se vendan?». La pregunta es horrible, porque muestra el deseo de que haya seres humanos obligados a prostituirse por el hambre, y sin embargo ¡es tan cruda y terriblemente humana!

Algunos dicen que el remedio se hallaría en la abolición radical de la familia; la abolición de la pareja sexual más o menos estable, reduciendo el amor al solo acto físico o, mejor dicho, transformándolo, con el añadido de la unión sexual, en un sentimiento semejante a la amistad, un sentimiento que reconozca la multiplicación, la variedad, la simultaneidad de los afectos.

¿Y los hijos…? Hijos de todos.

¿Puede ser abolida la familia? ¿Es de desear que lo sea? Notemos ante todo que, a pesar del régimen de opresión y de mentira que ha prevalecido y que

prevalece aún en la familia, ésta ha sido y continúa siendo el mayor factor de desarrollo humano, porque es en la familia donde el hombre normalmente se sacrifica por el hombre, donde realiza el bien por el bien, sin desear otra compensación que el amor de la compañera y de los hijos.

Pero, se nos dice, eliminadas las cuestiones de intereses, todos los hombres serían hermanos y se amarían unos a otros.

Ciertamente, ya no se odiarían; ciertamente, el sentimiento de simpatía y de solidaridad se desarrollaría, y el interés general de los hombres se convertiría en un factor importante en la determinación de la conducta de cada uno. Pero esto aún no es el amor. Amar a todo el mundo se parece mucho a no amar a nadie. Podemos quizá socorrer a algunos, pero no podemos llorar todas las desgracias, porque nuestra vida se desharía entera en lágrimas; y sin embargo las lágrimas de simpatía son el más dulce consuelo para un corazón que sufre. La estadística de los fallecimientos y de los nacimientos puede ofrecernos datos interesantes para conocer las necesidades de la sociedad; pero no dice nada a nuestros corazones. Nos es materialmente imposible entristecernos por todo ser humano que muere y regocijarnos por cada nacimiento.

Y si no amamos a uno más vivamente que a otros; si no hay un solo ser por el cual estemos más particularmente dispuestos a sacrificarnos; si no conocemos otro amor que ese amor moderado, vago, casi teórico, que podemos sentir por todos, ¿no resultaría la vida menos rica, menos fecunda, menos bella? ¿No se vería disminuida la naturaleza humana en sus más bellos impulsos? ¿No nos veríamos privados de las alegrías más profundas? ¿No seríamos más desgraciados?

Por lo demás, el amor es lo que es. Cuando se ama fuertemente, se siente la necesidad del contacto, de la posesión exclusiva del ser amado. Los celos, comprendidos en el mejor sentido de la palabra, parecen formar y forman generalmente una sola cosa con el amor. El hecho podrá ser lamentable, pero no puede cambiarse a voluntad, ni siquiera a voluntad del que los sufre en persona.

Para nosotros el amor es una pasión que engendra por sí misma tragedias. Estas tragedias no se traducirían en actos violentos y brutales, ciertamente, si el hombre tuviese el sentimiento de respeto a la libertad ajena, si tuviese bastante imperio sobre sí mismo para comprender que no se remedia un mal con otro mayor, y si la opinión pública no fuese, como hoy, tan indulgente para los crímenes pasionales; pero las tragedias no serían por ello menos dolorosas.

Mientras los hombres tengan los sentimientos que tienen —y un cambio en el régimen político y económico de la sociedad no nos parece suficiente para modificarlos por entero— el amor producirá al mismo tiempo grandes alegrías y grandes dolores. Se podrá disminuirlos y atenuarlos con la eliminación de todas las causas que puedan ser eliminadas, pero su destrucción completa es imposible.

¿Es ésa una razón para no aceptar nuestras ideas y querer permanecer en el

estado actual? Así se actuaría como aquel que no pudiendo comprar abrigos lujosos quisiera permanecer desnudo, o como aquel que no pudiendo comer perdices todos los días renunciase al pan, o como un médico que, dada la impotencia de la ciencia actual frente a ciertas enfermedades, se negase a curar las que son curables.

Eliminemos la explotación del hombre por el hombre, combatamos la pretensión brutal del macho que se cree amo de la hembra, combatamos los prejuicios religiosos, sociales y sexuales, aseguremos a todos, hombres, mujeres y niños, el bienestar y la libertad, propaguemos la instrucción, y entonces podremos regocijarnos con razón si no quedan más males que los del amor.

6. LA MUJER Y EL AMOR LIBRE[7]

Evelio Boal[8]

Por lo general se tiene una idea muy errónea sobre este punto del ideal libertario que no estará de más esclarecer.

En la actualidad, el amor libre no puede o es muy difícil que desarrolle todas las condiciones en las cuales se desenvuelve la vida de la mujer. Exige, para llevar este acto a una feliz realización, que la emancipación económica de la mujer esté en las mismas condiciones que la del hombre y que ella no tenga, en general, que supeditarse a los caprichos de él.

Oímos decir con mucha frecuencia, cuando se trata de un capitalista que tiene muchas queridas, en tono humorista, que es partidario del *amor libre.* Nada tan absurdo como esta idea, pues ella encierra la prostitución y el adulterio, cosas ambas que en el amor libre no juegan ningún papel, puesto que no pueden existir, porque desde el momento que alguna de esas dos cosas ocurra, deja de ser *amor libre.*

La unión de dos seres ha de ser instintiva; ha de responder a un sentimiento de cariño, de amistad, engendrado por el trato o la simpatía; es compenetración, yuxtaposición de dos seres que se unen espontáneamente sin más pactos y vínculos que los que la ley natural impone, y esa misma ley natural puede acarrear la separación cuando por parte de uno de los dos individuos se siente la necesidad de cambiar de vida.

Actuando de esta forma no cabe el engaño de uno por parte del otro; el engaño puede efectuarse únicamente en el matrimonio civil o canónico, que impone un yugo y la necesidad de aguantarse mutuamente esas faltas que han tratado de ocultar cuidadosamente mientras han sido novios; cosas que nunca se hacen de buena fe, dando lugar a divergencias intestinas que casi siempre terminan en el adulterio.

Cuando se ha llegado a este extremo, el hombre —dicen los moralistas al uso— puede permitirse el recurso de obtener una mujer *por dinero*, en otra casa cualquiera, sin que la dignidad de la mujer propia sufra más deterioros que los materiales; pero para ella es diferente, pues está sometida a la voluntad del hombre porque él la mantiene, y por tanto tiene omnímodo derecho a negarle el disfrute de la vida.

Pero como la fuerza de la naturaleza tiene más consistencia y es más potente que la autoridad convencional del marido, ella se rebela y por todos los medios trata de proporcionarse los goces que el matrimonio efectuado le niega.

Éste es el primer paso hacia el adulterio que puede terminar, en la mujer

carente de recursos, bienes pecuniarios o intelectuales, en la prostitución.

Como consecuencia, vemos frecuentemente en los diarios informativos columnas enteras dedicadas a la narración de hechos que titulan criminosos y que han dado en llamar pasionales y de honor, y que en mi concepto no son más que resultantes lógicas del ambiente pútrido e infecto de esta sociedad que concede derechos a unos en menoscabo de los otros.

Pues si estos males están en el ánimo de todos, ¿por qué no poner remedio arrojando de sí todos los prejuicios y convencionalismos que a nada conducen sino a labrar la desgracia de la mayoría de los seres?

¿Somos amantes y defensores de la unión libre? Pues para que ésta se verifique sin trabas debemos poner a la mujer en condiciones económicas iguales a las que el hombre disfruta y el amor libre se impondrá por sí solo, puesto que es una tontería sin nombre que un individuo, hombre o mujer, se condene a vivir eternamente disgustado o en perpetua discordia con el compañero que le haya tocado en suerte.

La unión de dos seres sin más pactos ni vínculos que los del amor significa la inutilidad de las instituciones civiles y religiosas y es un gran paso hacia la Anarquía.

7. CONSEJOS PARA UNA ADÚLTERA

CrimethInc.[9]

«LOS BUENOS MATRIMONIOS CUESTAN TRABAJO»

Crecer en un ambiente dominado por la economía capitalista nos enseña ciertas lecciones psicológicas difíciles de olvidar: *Cualquier cosa de valor sólo está disponible en dosis limitadas. Exige lo que es tuyo, antes de que te dejen sola y sin nada*.

Aprendemos a medir compromiso y afecto en términos de cuánto es que los otros están dispuestos a sacrificar por nosotros, sin imaginar que el amor y el placer pueden multiplicarse cuando son compartidos. En una relación saludable, amigos y amantes se permiten mutuamente hacer, vivir y sentir más. Si sientes en tus entrañas (si no es en tu cabeza) que monogamia significa renunciar a algo (tu «libertad», como se dice), entonces los modelos de explotación han penetrado incluso hasta en tu vida romántica.

Todos sabemos que Los Buenos Matrimonios Cuestan Trabajo… Cuando tienes que *trabajar* en la monogamia, estás de vuelta en el sistema de intercambio: la economía de tu intimidad está regimentada del mismo modo que la economía capitalista, por escasez, amenazas y prohibiciones programadas… Cuando las relaciones se convierten en trabajo, cuando el deseo está organizado contractualmente, cuando las cuentas son mantenidas y la fidelidad es sustraída —como la mano de obra a los empleados— en un matrimonio que es como una fábrica doméstica vigilada en medio de una rígida disciplina de personal y diseñada para mantener a esposas y maridos encadenados a la maquinaria de la reproducción responsables, no debería sorprender que algunos no puedan evitarlo y que también se rebelen.

El adulterio, completamente opuesto al Buen Matrimonio, llega de manera natural, sin siquiera haber sido invitado. De pronto, te sientes transformada, despertada de ese cementerio de la pasión —ya muerta— que ha sido tu relación, para sentir de nuevo esa excitación. No deberías estar sintiendo nada de esto ¡maldita sea! e incluso es la primera vez que has sido exaltada por una felicidad pura y no forzada… Oh, el dulce optimismo de algo nuevo, algo que todavía no es predecible… Es como si la sorpresa, el riesgo, el gozo, la satisfacción fueran de nuevo posibilidades genuinamente imaginables. ¿Quiénes, si pudieran sentir lo que están sintiendo ahora mismo, podrían exigirte que te resistieras a ello?

«LA HONESTIDAD ES EL MEJOR PRINCIPIO»

La sociedad, personificada por tu desafortunado esposo, le exige a la adúltera ser honesta y franca en todo, cuando en realidad simplemente la condenará por ello. Intenta asegurar su acatamiento mediante interrogaciones de

rutina («¿quién era ése en el teléfono, querida?»), vigilancia («¿crees que no me di cuenta de cuánto tiempo pasaste hablando con él?»), búsqueda y ataque («¿y qué demonios debo suponer que es esto?») y tácticas más serias de intimidación: la expulsión del único hogar y comunidad que probablemente ella conozca. La adúltera, a quien le gustaría poder decir la verdad, es forzada a utilizar el Cociente Miseria para calcular si puede permitirse a sí misma decir o no la verdad. El Cociente Miseria indica: *divide tu infelicidad actual por las nocivas consecuencias de enfrentarte a ella, multiplícala por tu temor a lo desconocido, y luego piensa dos veces acerca de si es realmente necesario actuar.*

Lo que está faltando a nuestra sociedad es la sabiduría de comprender que decir la verdad no sólo es responsabilidad de quien la dice. Si realmente quieres saber la verdad, debes hacérsela fácil a las personas para que te la digan, debes ser realmente comprensivo y estar listo para lo que pueda llegar a ocurrir, y no exigir respuestas a tus «justas» preguntas o jugar al policía bueno/policía malo… Lo único que ello puede conducir es a una acción evasiva o, en el mejor de los casos, a que la víctima de tu interrogatorio encuentre formas de mentirse a sí misma como a ti. Ni nuestra sociedad ni sus cornudos y cornudas están listos para la revelación de la verdad que la adúltera tiene para ofrecer y que sólo se encuentra segura en los protectores oídos de su amante ilícito.

«LAS PERSONAS RESULTARÁN LASTIMADAS»

Inevitablemente, a pesar de las mejores intenciones y los más secretos planes de la adúltera, las personas resultarán lastimadas. Pero más importante es saber que las personas ya estuvieron lastimándose, sólo que de un modo invisible, en el impuesto silencio doméstico de la «familia feliz». O de lo contrario, en un principio no hubieran sido necesarias medidas tan drásticas para que los corazones muertos volvieran a latir.

¿Sería mejor que las rutinas e ilusiones del matrimonio continuaran sin ser jamás perturbadas, y de este modo el tedio de todos pudiera continuar rumbo al amargo final?… Por supuesto que en lugar de engañar podrías haber ido a un consejero matrimonial, haber sido «honesta» con tu cónyuge en lugar de serlo contigo misma y alejarte de los nuevos horizontes que viste comenzar a nacer en los ojos de tu posible amante, intentar alcanzar una aceptable imitación-sustituto de felicidad con tu pareja legalmente reconocida o recurrido a automedicarte con una sesión de televisión o Prozac…

«¿QUÉ PASARÁ CON LOS NIÑOS?»

Esto exigen los guardianes de la burguesía cuando oyen acerca de otro matrimonio en peligro por una aventura amorosa, aterrorizados de que ellos sean los próximos de la lista. Bueno, ¿y qué pasa con los niños? ¿Crees que puedes proteger a las nuevas generaciones de la trágica tensión que existe entre la complejidad del deseo y la simplicidad de las prohibiciones sociales sólo por

respetar tus propias órdenes? Si sofocas tus aspiraciones de felicidad, terminarás sofocando a tus hijos tanto como a ti misma. Tus niños se beneficiarán si crecen en un mundo donde la gente se atreva a ser honesta con lo que quiere sin medir las consecuencias. ¿Preferirías que aprendan a aplastar sus propios deseos y reducirlos a chatos recuerdos de vergüenza y remordimiento, como tú lo haces?

Y es interesante destacar que la monogamia de la familia nuclear, que autoproclamados jueces protegerán del asalto implícito que supone el adulterio, es la misma que sustituyó a las más amplias, fluidas y extendidas estructuras familiares del pasado. En opinión de muchos, los niños eran mejor cuidados y sus padres disfrutaban de mayor libertad. ¿Podría ser que el adulterio sea una ciega y desesperada acción de último recurso, de entre las rejas de las relaciones contractuales, para reivindicar la comunidad extendida que una vez fuimos…?

«EL ADULTERIO ES LA FIEL OPOSICIÓN AL MATRIMONIO»

Finalmente, el adulterio sólo es posible porque las preguntas que él mismo realiza quedan sin responder. Al igual que la liberadora de productos, la amotinada y la suicida, la adúltera sólo hace media revolución: viola la ley y la costumbre autoritaria pero de tal manera que ellos permanecen en el mismo lugar y siguen determinando sus acciones, sean éstas de obediencia o de rechazo. Sería mejor si realmente expusiera quién es y qué quiere para el mundo entero, sin culpa ni remordimiento… Luego, su propia lucha podría ser el punto de partida para una revolución en las relaciones humanas de las cuales todos se beneficiarían, y no simplemente un destello de pasión e insurgencia aislada que podrá ser aplastada antes incluso de ser consciente de sí misma.

Protejamos y defendamos a la adúltera de la vergüenza que le impone esta sociedad, sea cuando sea que ella dé este paso, para que efectivamente lo pueda realizar: ella actúa —como lo hacemos nosotros— impulsada por una pasión que arde inextinguible por un mundo nuevo.

8. MATERNIDAD LIBRE

Paul Robin[10]

El matrimonio se ha practicado en todas partes y siempre en condiciones absurdas, odiosas y opresivas, y ha tenido como lógica consecuencia, en la inmensa mayoría de casos, el trueque de las naturales y espontáneas alegrías del amor en durísima esclavitud doble y recíproca. El hecho —aunque velado por las preocupaciones religiosas y legales y disimulado por el arte del fingimiento— ha sido patente y muchos pensadores se han dedicado a su estudio sin resultado positivo inmediato, hasta que por último se ha venido a parar a la única solución radical y eficaz: la libertad del amor.

Entre las obras en que se ha sostenido esta tesis, me complazco en citar en primer término el notabilísimo libro *Elementos de ciencia social*, de un médico inglés, publicado en 1854 y traducido a varios idiomas, uno de cuyos capítulos se titula audazmente «La pobreza, su única causa, su único remedio». La causa, según el autor, es el matrimonio; el remedio es… el amor estéril (el autor emplea una expresión más precisa que no me atrevo a reproducir). Este libro es voluminoso, compacto, atestado de hechos y de argumentos, y pertenece a la clase de los que no leen las gentes superficiales.

Otros han abordado una sola parte del problema, combatiendo el matrimonio legal, y reemplazándolo por la unión libre, especie de matrimonio que, en su concepto, ofrece probabilidades de duración y constancia iguales o superiores a las del consagrado por la autoridad. Paul Lecombe sostiene este pensamiento en su libro, ya viejo: *El matrimonio libre*.

Más atrevidas aún, haciendo propaganda por el hecho, muchas parejas declaran públicamente su unión libre y se abstienen de toda ceremonia o se limitan a ceremonias familiares. Como casos notables, citemos en Francia las uniones de las hijas de Eliseo Reclus; en Inglaterra, las de E. Lanchester y de E. Wardlaw Best. Pero en esas uniones, aunque despojadas de un detalle funesto, la sumisión a la Iglesia o al Estado, queda subsistente el mal fundamental, el germen de todos los sufrimientos que hacen detestable al matrimonio.

No me detendré un solo instante en las objeciones de origen teológico presentadas contra el amor libre. El que apoya la ficción Dios va contra la realidad hombre, y como consecuencia, el que busca la felicidad humana ha de desechar la idea de un Dios cruel inventado por la imaginación aterrorizada de los primitivos, explotada por los hábiles y conservada por un sentimiento irreflexivo; idea sin utilidad práctica, antes al contrario, causa de la sobrepoblación y miseria consecutiva, de innumerables y horribles matanzas que consigna la historia.

La única objeción seria es la de la situación de los hijos fuera de la pretendida protección legal, y a pesar de lo que digan los incapaces de someter el asunto al cálculo, lo cierto es que la objeción subsiste siempre, aun en una sociedad comunista, porque la respuesta que puede dársele es la misma en la hipótesis de aquella sociedad ideal que en la realidad de la sociedad presente: la libertad del amor presupone la libertad de la maternidad.

La mujer debe tener, no diré el derecho, no sé ya lo que significa esa palabra vieja y gastada por el abuso, sino más bien la ciencia y el poder de no ser madre sino cuando lo haya decidido después de madura reflexión. Creo haber sido el primero en afirmar claramente esta solución única en el Congreso Feminista de París (abril de 1896) y en el segundo Congreso para Proteger y Aumentar la Población (diciembre de 1896).

He aquí resumida mi doctrina desde el punto de vista femenino:

Una joven no debe casarse ni despojarse de la escasa libertad que posee. Permanezca el más tiempo posible dueña de sí misma, escoja libremente sus compañeras y compañeros, y para que sea respetada su libertad sobre este punto, cuídese de respetar la de los demás; absténgase de criticar los actos ajenos, empezando por sí misma la reforma de la pretendida «opinión pública», que se mezcla siempre en lo que no le importa y es más tiránica que las mismas leyes positivas. Tenga la seguridad de que no desobedece ninguna ley nacional teniendo los amantes que le plazca: pero entienda que comete una gran falta contra la verdad moral si crea a la casualidad hijos cuya educación y sustento no estén asegurados.

La libertad de la maternidad es la condición indispensable de la libertad del amor, y la mujer no debe tener otros guías que la ciencia fisiológica y la prudencia sexual. Si después de más o menos numerosos experimentos, encuentra un compañero con quien, en perfecta conformidad de cultura y de gustos, cree que podrá pasar una vida larga y dichosa, asóciese definitivamente con él, si le parece bien, sin quedarse en las vanas sanciones legales, y dése la inmensa satisfacción de tener hijos que podrá criar y educar imponiéndoles únicamente su nombre.

Si el compañero amado, escogido definitivamente, realiza el ideal soñado, lo que rarísimamente ocurre en el matrimonio legal actual, no hay para qué someterse a la ley para concurrir con empeño y en compañía de la madre al sustento y a la educación de los hijos queridos. Si los amantes se equivocan y la concordia se interrumpe por incompatibilidad manifestada más tarde, y sobreviene la separación, al amor no sucederá el odio, como ocurre hoy en día, pudiendo continuar la amistad, cuando no una pacífica indiferencia, en tanto que la honradez impulsará al hombre a contribuir al sostenimiento material de los frutos de su antiguo amor.

Si, a pesar de tantas precauciones, una mujer se uniese a un tunante, lo que

apenas puede considerarse como posible, se separará de él llevándose sus hijos a su solo cargo y dirección, quedando en desgraciada situación indudablemente, pero sin aumentar su infortunio más con los tormentos artificiales que añaden las leyes opresivas.

Reconocida como mayor de edad, dueña natural de sus hijos, no permanecerá esclava de un tirano que pueda mortificarla impunemente, robarle el fruto de su trabajo, su ahorro y el pan de sus hijos.

9. LA TRAMPA DE LA PROTECCIÓN

Emma Goldman[11]

El matrimonio y el amor no tienen nada en común; están tan lejos entre sí como los dos polos y son, incluso, antagónicos. El matrimonio es ante todo un acuerdo económico, un seguro que sólo se diferencia de los seguros de vida corrientes en que es más vinculante y más riguroso. Los beneficios que se obtienen de él son insignificantes en comparación con lo que hay que pagar por ellos. Cuando se suscribe una póliza de seguros, se paga en dinero y se tiene siempre la libertad de interrumpir los pagos. En cambio, si la prima de una mujer es un marido, tiene que pagar por él con su nombre, su vida privada, el respeto hacia sí misma y su propia vida «hasta que la muerte los separe». Además, el seguro de matrimonio la condena a depender del marido de por vida, al parasitismo, a la completa inutilidad, tanto desde el punto de vista individual como social. También el hombre paga su tributo, pero como su esfera de vida es mucho más amplia, el matrimonio no lo limita tanto como a la mujer. Las cadenas del marido son más bien económicas.

Vivimos en una época de pragmatismos. Ya no estamos en los tiempos en que Romeo y Julieta se arriesgaban a desafiar la ira de sus padres por amor, o en que Margarita se exponía a las habladurías de sus vecinos también por amor. La norma moral que se inculca a la joven no es preguntarse si el hombre ha despertado su amor, sino «cuánto gana». El único dios y la única cosa importante de la vida pragmática norteamericana es: ¿Puede el hombre ganarse la vida? Eso es lo único que justifica el matrimonio. Poco a poco se van saturando con ello los pensamientos de la muchacha, que ya no sueña con besos y claros de luna, o con risas y lágrimas, sino con ir de compras y conseguir rebajas en las tiendas. Esa pobreza de alma y esa sordidez son los elementos inherentes a la institución del matrimonio.

Esta institución convierte a la mujer en un parásito y la obliga a depender completamente de otra persona. La incapacita para la lucha por la vida, aniquila su conciencia social, paraliza su imaginación y le impone después graciosamente su protección, que es en realidad una trampa, una parodia del carácter humano. Si la maternidad es la mayor realización de la mujer, ¿qué otra protección necesita sino el amor y la libertad? El matrimonio profana, ultraja y corrompe esa realización. ¿Acaso no le dice a la mujer que solamente bajo su protección podrá dar la vida? ¿No la pone en la picota y la degrada y la avergüenza si se niega a comprar su derecho a la maternidad con su propia persona? ¿Acaso el matrimonio no sanciona la maternidad, aunque se haya concebido con odio o por obligación? Y cuando la

maternidad ha sido elegida, producto del amor, del éxtasis, de la pasión desafiante, ¿no se coloca una corona de espinas en una cabeza inocente, grabando en letras de sangre el odioso epíteto de «bastardo»?

Aun en el caso de que el matrimonio contuviera todas las virtudes que de él se afirman, sus crímenes contra la maternidad lo excluirían para siempre del reino del amor. El amor, el elemento más fuerte y profundo de toda vida, presagio de esperanzas, de alegría, de éxtasis; el amor que desafía a todas las leyes, a todas las convenciones; el amor, el más libre, el más poderoso modelador del destino humano, ¿cómo puede esa fuerza todopoderosa ser sinónimo del pobre engendro del Estado y de la Iglesia que es el matrimonio?

¿Amor libre? ¿Acaso el amor puede ser otra cosa más que libre? El hombre ha comprado cerebros, pero todos los millones del mundo no han logrado comprar el amor. El hombre ha sometido los cuerpos, pero todo el poder de la tierra no ha sido capaz de someter al amor. El hombre ha conquistado naciones enteras, pero todos sus ejércitos no podrían conquistar al amor. El hombre ha encadenado y aprisionado el espíritu, pero no ha podido nada contra el amor. Encaramado en un trono, con todo el esplendor y pompa que pueda procurarle su oro, el hombre se siente pobre y desolado si el amor no se detiene a su puerta. Cuando existe amor, la cabaña más pobre se llena de calor, de vida y de alegría; el amor tiene el poder mágico de convertir a un pordiosero en un rey. Sí, el amor es libre y no puede medrar en ningún otro ambiente. En libertad, se entrega sin reservas, con abundancia, completamente. Todas las leyes y decretos, todos los tribunales del mundo no podrán arrancarlo del suelo en el que haya echado raíces. El amor no necesita protección porque él se protege a sí mismo.

Mientras es el amor el que engendra a los hijos, no hay niños abandonados, hambrientos o carentes de afecto. Conozco a mujeres que fueron madres en libertad con el hombre al que amaban. Pocos hijos han disfrutado dentro del matrimonio del cuidado, protección y devoción que la maternidad libre es capaz de depararles. Los defensores de la autoridad temen la maternidad libre por miedo a que se les desposea de su presa. ¿Quién lucharía entonces en las guerras? ¿Quién haría de carcelero o policía si las mujeres se negaran a dar a luz indiscriminadamente? «¡La raza, la raza!», gritan el rey, el presidente, el capitalista, el sacerdote. Hay que salvar a la raza, aunque la mujer sea degradada al papel de pura máquina, y la institución del matrimonio es la única válvula de seguridad contra el peligroso despertar sexual de la mujer.

Pero son inútiles estos esfuerzos desesperados por mantener un estado de esclavitud. Son inútiles también los edictos de la Iglesia, los fieros ataques de los dictadores, e incluso el brazo de la ley. La mujer no quiere seguir siendo la productora de una raza de seres humanos enfermos, débiles, decrépitos y miserables, que no tienen ni la fuerza ni el valor moral de sacudirse el yugo de su

pobreza y de su esclavitud. En lugar de ello, desea menos hijos y mejores, engendrados y criados con amor y por libre elección, y no por obligación como en el matrimonio.

Nuestros pseudomoralistas tienen que aprender el profundo sentido de responsabilidad para con el niño que el amor en libertad despierta en el pecho de la mujer. Ésta preferiría renunciar para siempre a la maternidad antes que dar la vida en una atmósfera donde sólo se respira la destrucción y la muerte. Y, si se convierte en madre, es para dar al niño lo mejor y lo más profundo de su ser. Su lema es desarrollarse con el niño, y sabe que sólo de esa manera podrán formarse los verdaderos hombres y las verdaderas mujeres.

En realidad, en nuestro actual estado de pigmeos, el amor es algo desconocido para la mayoría de la gente. No se le comprende, se lo esquiva y muy raras veces arraiga; y cuando lo hace, pronto se marchita y muere. Su fibra delicada no puede soportar la tensión y los esfuerzos del vivir cotidiano. Su alma es demasiado compleja para ajustarse a la viscosa textura de nuestra trama social. Llora, se lamenta y sufre con los que lo necesitan y, sin embargo, carecen de capacidad para elevarse a su altura.

Algún día, los hombres y las mujeres se elevarán y alcanzarán la cumbre de las montañas; se encontrarán grandes, fuertes y libres, dispuestos a recibir, a compartir y a calentarse en los dorados rayos del amor. ¿Qué imaginación, qué fantasía, qué genio poético puede prever, aunque sea aproximadamente, las posibilidades de esa fuerza en las vidas de los hombres y las mujeres? Si en el mundo tiene que existir alguna vez la verdadera compañía y la unidad, el padre será el amor y no el matrimonio.

10. NO OS CASÉIS[12]

Pepita Guerra

¡Jóvenes, niñas, mujeres en general, de la presente sociedad! Si no queréis convertiros en prostitutas, en esclavas sin voluntad de pensar ni sentir, ¡no os caséis!

Vosotras, las mujeres, ¿qué somos? (sic) ¡Algo! ¿Qué se nos considera? ¡Nada!

Vosotras, las que pensáis encontrar amor y ternezas en el hogar, sabed que no encontraréis otra cosa que un amo, un señor, un rey, un tirano.

El amor no puede ser eterno ni inmutable y fijo; luego si éste tiene un término, ¿qué queda en esa impía institución que dura lo que la vida? ¿Qué quedará, cuando el amor termine, de vuestro matrimonio? Fastidio, tedio, ir como es natural hacia la prostitución.

Sí, la ley natural nos impele a amar continuamente; no nos impele igualmente a amar el mismo objeto, no. Y entonces, ¿por qué permanecer sujetas a tal o cual hombre para toda nuestra vida?

Miles de casos se ven en que una infeliz mujer huye del hogar marital, no quiero saber por qué causa, sea ella cualquiera; el caso es que el marido acude a la autoridad y ésta obliga a la esposa a ir nuevamente al lado del hombre a quien detesta y odia. ¡Más no hiciera un pastor con una oveja o una cabra!

Yo no digo que en la presente sociedad pueda una mujer tener el grado de libertad que anhelamos, pero sí que en nuestra futura y próxima sociedad, donde nada faltará a nadie, donde nadie padecerá hambre ni miseria, allí sí que querremos el amor libre completamente.

Es decir que la unión termine cuando termine el amor, y que si yo, porque la gana me da, no quiero estar sujeta a ningún hombre, no se me desprecie, porque cumpliendo y satisfaciendo la ley natural y un deseo propio tenga un amante y críe dos, cuatro o los hijos que quiera.

En la sociedad presente no lo hago, porque como yo no quiero ser la fregona de ningún hombre y no siendo suficiente mi salario para mantenerme a mí, menos a mis hijos, pues yo creo que si los tuviera, me vería obligada por huir de ser la hembra de uno o ser la de diez más.

Por otra parte, no creáis que la crítica me importe; yo no soy de aquellas que tienen la desvergüenza de querer tener vergüenza.

Es por eso que yo no pienso jamás enlazarme con nadie, ni tampoco (si llega el caso), ahogar en mis entrañas para conservar la negra honrilla al fruto de mi

amor o momentánea unión; quede eso para «la distinguida» niña fulanita que va (en tiempo de invierno) a reponer su apreciable salud a la estancia de tal o cual, y que a los pocos meses ¡oh prodigio! vuelve sana y desembarazada de la pícara enfermedad que la aquejaba.

Es por esto, queridas compañeras, que yo digo y pienso que a los falsos anarquistas que critican la iniciativa vuestra de proclamar el amor libre, quisiera tenerlos a mi lado para cuando, desgarradas las entrañas, estuviera próximo mi postrer aliento, para escupirles al rostro, envuelta en una baba sanguinolenta, esta frase: ¡maricas!

Sea lo que quiera.

Adelante con *La Voz de la Mujer* y con el amor libre.

¡Viva la Anarquía!

11. FEMINÓFOBOS Y FEMINÓFILOS

María Lacerda de Moura[13]

Existe un buen número de anarquistas que consideran enfáticamente a Kropotkin como a su correligionario y que, en lo que concierne a la esclavitud sexual y amorosa de la mujer, aún están en la luna. Creen, los infelices, que la mujer no es ni debe ser soberana de su cuerpo, sino que su rol estriba en someterse a los caprichos del hombre, concretamente, pertenecer sola y exclusivamente a un solo hombre. No se dan cuenta que opinando y accionando así, su manera de proceder es la misma absolutamente que la de los partidarios del matrimonio legal, religioso o civil, siendo que la unión monógama y la familia «indestructible» son la base y el sostén de la Religión, del Estado y de la Propiedad Privada.

Me ha sido dado el escuchar a algunos, como Draper y Cantu, cuando hacían el elogio del matrimonio —entendiendo que se trataba del *casamiento libre*— y atacar el «celibato libertino y la facilidad de las afecciones venales», censurando a los que prefieren la variedad amorosa a «¡las alegrías inocentes del hogar!». Edificante lenguaje en la boca de un «ácrata», ¿no es verdad? Y sin embargo, los que así se expresan forman legiones. A ellos puede aplicarse esta frase lapidaria: «son libertarios que tienen las ideas de mi abuela».

Examinemos todo esto en detalle. ¿Qué es el casamiento *libre*? ¿Es que acaso ese sistema de unión no posee todos los inconvenientes y defectos del matrimonio legal, con la excepción del ceremonial? ¿O es que no constituye un monopolio amoroso y una cárcel para la mujer?

¿Qué quiere decir «afección *venal*»? Lo que es afección no puede ser venal. ¿Es que darse libremente a varios hombres a causa de predilecciones sentimentales, de afinidades electivas o por otro motivo cualquiera —desde el momento en que el afecto juega su rol— implica «venalidad»? Sostener tal cosa es aunarse con la crítica rancia, caduca e indigna de los hombres modernos.

¿Y qué pensar de las risibles frases que algunos emplean contra el divorcio, el concubinato y la poligamia? ¿Es que acaso no provocan la hilaridad por lo que contienen de espíritu católico o judaico? ¿No se reconoce en ellas el lenguaje farisaico, hipócrita, del burgués religioso, que cree en Dios, y que es gran gloria para él ser un ciudadano *modelo*?

¿Es que el ideal anarquista de esa categoría de libertarios excluiría a las mujeres del usufructo de la libertad? ¿Es que la libertad soñada por los «ácratas» de esta escuela sólo es para uso de los hombres? No se puede negar que el prejuicio de una moral diferente para cada sexo no sea una idea profundamente arraigada en el subconsciente de la mayoría de los hombres, los cuales se

consideran como seres superiores, propietarios absolutos de las individualidades femeninas.

«Catalina II cambiaba de amantes como de camisa», decía uno de esos «ácratas» a quienes escandalizan los actos de libertad sexual. Y yo digo a mi vez: ¿acaso los hombres se privan de hacer la misma cosa? Que se ataque a esa mujer como emperatriz, como encarnación del poder coactivo y despótico ¡muy bien! Pero como mujer era tan libre como cualquier otra para reivindicar el goce de todos sus derechos de animal de la escala zoológica y de ser humano, soberana de sí misma, de su vida, de sus sueños, de sus ideas y de su cuerpo.

Además, es realmente vergonzoso el ver a ciertos ruidosos «defensores de la libertad» cuando olvidan el dar la mano a la mujer para que ésta camine a su lado hacia el advenimiento de la sociedad futura. «Defensores» que desprecian aún el trabajo serio y positivo de la educación para sumergirse en el uso y abuso de la violencia.

Paralelamente, otros hombres —menos imbuidos del libertarismo verbal, menos partidarios de la libertad absoluta *sólo para los hombres*— sienten en carne propia todo el ridículo y todo el sufrimiento de la mujer abandonada y olvidada. Sin arbolar tal o cual pomposa etiqueta, estos últimos le ofrecen la mano no como gesto protector y caritativo sino movidos por una reflexión de sinceridad ética en un equilibrio total de valores mentales, como si tratasen de expiar los errores en donde se encuentran sumergidos sus hermanos en masculinidad.

Entre estos hombres modestos —modestos porque no buscan la notoriedad— pero amantes de la justicia y la libertad para todos, que no dan importancia alguna a las etiquetas, a los credos, a los partidos y a los programas metafísicos, que se entregan por completo al trabajo fecundo y positivo de realizar el nivel femenino, a fin de que sea la madre la que eduque y forme a los niños, haciendo realidad todas las aspiraciones y suspiros de los hombres, los cuales, sin la rica cooperación de la mujer, no pasarán de ser meras quimeras y simples utopías; entre esos hombres, me place repetir, es preciso señalar a uno de los más notorios, no por su renombre —que es mediocre—, sino por la audacia de sus concepciones, el atrevimiento de sus tesis y sobre todo por la amplitud de sus vistas para estudiar la libertad sexual y amorosa. Me refiero al pensador español Santiago Valentí Camp, espíritu fértil y profundo, a quien la crítica no ha hecho aún justicia, pero a quien debemos dirigir el homenaje de nuestra simpatía, de nuestro afecto y de nuestra gratitud, no sólo nosotras las mujeres —aunque seamos las más favorecidas por este paladín de la libertad— sino todos los hombres que aspiran de verdad a una Humanidad mejor y que comprenden el rol importante que incumbirá a la mujer en la transformación social.

Especialmente las dos últimas producciones de Valentí Camp, *Las reivindicaciones femeninas* y *La mujer frente al amor y frente a la vida*, son obras

magistrales de sociología feminista, en donde se ven conclusiones que no han sido alcanzadas aún por ningún escritor. La segunda de esas obras, en particular, constituye una verdadera apología del amor y del sexo liberados de toda trama. En ella se analizan las más modernas teorías de la libertad amorosa sostenidas por autores de vanguardia, como E. Armand, Havelock Ellis, Ellen Key, Bertrand Russell, Han Ryner, y se consagra una muy especial atención al *amor plural*.

Yo considero que el anarquista feminófobo, el que no se preocupa de obtener el concurso de la mujer o el que no da importancia a su acción, no solamente se engaña, sino que representa un enemigo inconsciente de la emancipación humana. Y reafirmo una vez más que es —más aún que los partidarios del matrimonio indisoluble— un obstáculo al progreso ético de la Humanidad el individuo que, a pesar de su «libertarismo», se encarniza en monopolizar el usufructo de un amor, el que sujeta y contiene las expansiones sexuales femeninas, imponiendo a la mujer un amor único, uniforme para toda la vida cuando él gusta de todos los placeres. Representan un obstáculo aun más temible que los adversarios con los cuales se puede librar batalla en todo momento, aquellos que, escondidos bajo un manto de «libertarismo», contribuyen a sostener, bajo otro nombre, todos los vicios, todas las injusticias, todas las perversidades de la sociedad actual sin que nos sea posible combatirlos eficazmente.

¡Oh amigos míos! Mientras la mujer se encuentre excluida de las ansiedades masculinas, mientras no le hayáis dado los medios de alcanzar vuestro propio nivel y no le hayáis manifestado una confianza absoluta, los niños que ella eduque adolecerán de sus mismos defectos: serán caprichosos, irreflexivos, conformistas y, en cada generación, será de nuevo necesario recomenzar la obra transformadora. Pero si el sexo fuerte comparte todas las inquietudes masculinas, si se ve honrado con la confianza y la camaradería del hombre, entonces las nuevas generaciones se remontarán sobre las actuales en savia renovadora y serán capaces de realizar esa transformación que, desde hace tantos siglos, constituye nuestra esperanza.

Y que se tenga bien en cuenta que la incorporación de la mujer a las acciones y a las luchas masculinas no será efectiva mientras exista el monopolio del amor. La cooperación femenina no podrá ser absoluta mientras subsista la menor huella de restricción sexual.

12. EL MARIDO Y EL AMANTE

Roberto de las Carreras[14]

Subyugué durante cuatro largos años a una mujer nerviosamente apasionada, un filtro mágico de corrosiva lujuria, una cantárida humana, una berberisca de mis sueños de harén: exotismo viviente en este país en que las mujeres son pacíficas y se destacan por un aire doméstico, por una expresión desesperante de monótona tontería. ¡Ella parece más bien una hija abrasada de los fúlgidos arenales, con sangre de pantera, exacerbados los sentidos por las llamas del Simún!

¡Conservar una mujer encendida durante cuatro años es un prodigio que no puede comprenderse entre nosotros!

Cierto, no han de enorgullecerse de él los inocentes maridos, para los cuales la luna de miel dura apenas lo que una luna: cuatro semanas; que confunden con ingenuidad nimbada la fidelidad que sus mujeres guardan a la Opinión Pública o al Deber, con una fidelidad de amor por su zafia, palurda y caricaturesca persona.

Los burgueses están extraviados. El Amor no es la Virtud. El Amor muere joven. Es una fatalidad de la Naturaleza. El ideal de Amor debe integrarse con un sinnúmero de mujeres. Querer obtenerlo de una mujer única es como pretender crear una ópera con una sola nota del pentagrama o escribir un libro con una sola letra del alfabeto. Dicen los griegos, esos maestros reconocidos en Belleza, en Filosofía, en Arte, y en Amor, que pretender ser amado exclusivamente es una locura de mortales. ¡Sería curioso que el Amor, cuyas alas frágiles se han escurrido entre los dedos de los semidioses; de Cátulo, de Musset, de Horacio, de lord Byron, se encontrara prisionero en los hogares montevideanos junto a la cocina y al retrete!

Todas las cobardías, todos los crímenes del Matrimonio se deben a que el hombre se considera dueño de la mujer. Cuando reconozca su independencia, las prerrogativas inviolables de su corazón y de su sexo, no será ya rencorosamente arrebatado por los mil espectros lívidos de la Venganza. La fatal veleidad no le parecerá un robo depravado, un inicuo desconocimiento de los derechos sensuales de que se considera investido. No verá en ella el desacato irritante, el golpe de audacia de la esclava que provocó sus empujes de macho dominador, sino la despedida de un ser igual que se aleja…

Se niega a la mujer *la propiedad de su cuerpo*. No puede hacer uso de él más que para el Marido. Si dispone, por un derecho elemental, de su don de vida en beneficio del amante, arrastrada irresistiblemente por la Afinidad Electiva, soberana dispensadora del bien de Amor, cínico criminal al que no se escuchan

atenuantes, su dueño la degüella. Alevosía, premeditación, ensañamientos, todos los nubarrones lúgubres del crimen, están permitidos al *pater familias*, al déspota romano, para vengar su impotencia, su despecho, su atávico prejuicio. ¡La Ley le entrega su cuchilla!

¡Código de tiranía que te ensañas con el débil! ¡Leyes depravadas dictadas por el Antropoide!

¡Dumas, en plena cátedra del teatro, sentencia, dogmáticamente, que a la *adúltera*, a la mujer autónoma, se la debe matar!

¡Burgués, tú habrías asesinado al pueblo en la Comuna!

La aberración entra por mucho. Un hombre enérgico decíame, refiriendo el caso de un marido que, al encontrar a su mujer *in fraganti*, la había arrojado por el balcón: ¡Es el único medio de contener a la mujer!

El hombre que así hablaba era mi padre. Yo sentí protestar en mí, desde entonces, el alma de mi madre que me inspira, de la mujer de pasión y de aventura, de la desvanecida soñadora que la educación burguesa me enseñaba a odiar. Al defender al sexo siento que la defiendo. ¡Mi esfuerzo libertario es un tributo altivo y vengador a sus dolores de Amorosa!

La Injusticia para con la mujer aparece siniestramente grabada, como una inapelable condena dantesca, en el frontispicio de los siglos, en las Tablas de la Ley.

Desde el comenzar del mundo un sexo indómito, feudal, inquisidor, prepotente, inmola en nombre de su fuerza, de su amor a la sangre, de su tenebrosa vanidad: estúpido tirano que exige a la mujer lo que no puede concederle su arcilla ideal. Otro, indefenso, paria, se refugia astutamente en la mentira, fuerza del esclavo. Sofocado, brutalmente desviado, abre sigilosamente con las armas de la Hipocresía el cauce inevitable de sus olímpicas sensaciones…

No nos asombremos de que las mujeres libres todavía engañen. ¡Es la herencia de sus abuelas oprimidas!

Era el principio de los siglos… Extendida en el frío lecho de la Esposa, hollado su derecho de amar, sujeta a la impostura ignominiosa del Deber, a la opresión artera de la Virtud, la Esclava del Hombre, esperaba…

Entonces, frente al Marido, adusto conservador, ornada la frente por la diadema de un invencible prestigio, se irguió el Amante, símbolo de las caricias, tierra prometida de la Sensualidad. Lucifer olímpico, hijo de la Belleza, extendió a la carne torturada de la Mujer sus brazos de redentor. Fue Paris, fue el trovador florido, bohemio sentimental que mariposeaba alrededor de las ceñudas torres, prisión de la Castellana. Fue Macías, colgado de una almena. Fue Abelardo, mutilado, arrancando a las fibras de Eloísa, la sublime encendida, un grito anárquico de rebelión amorosa que desarraigó la Edad Media.

Ella, la Querida, se incorporó llamada por la sirena del Deseo. Entregó la

boca… Heroína de su ternura, desafió a su señor. Se ofreció a la muerte. Selló el Amor Libre con la sangre de su Calvario sensual, y se llamó Francesca: pagana enardecida que abandonó, sonriendo, las delicias cristianas de la Resurrección en los nimbos azulados, para enroscarse, convulsa, al cuerpo de su Paolo. ¡Estrella relampagueante de los círculos tenebrosos, rival vencedora de Beatriz en la epopeya apocalíptica del genio místico a quien donó la Gloria! ¡Luz del *Infierno* que hace palidecer el *Paraíso*!

La lucha del Marido y del Amante no ha cesado jamás. Enemigos infatigables, dejan en la historia de la mujer un rastro de sangre y de odio que se prolonga a través de los siglos…

¡Si el Marido fue ayudado por la Religión, el Amante ha tenido de su parte el genio oculto del paganismo que no pudo morir y que convirtió la concupiscencia grosera de la Escritura en el divino pecado de los poetas! ¡El porvenir es del Amante, que triunfará con la Anarquía!

—El marido es un atavismo…

En nada se revela el hombre tan irreconciliablemente primitivo como en los celos… El enemigo de la mujer es el Antropoide. ¡Nosotros, los feministas, debemos apuñalar al monstruo interior, al *Mâle Originel*!

—¡La Anarquía sin amor libre no es Anarquía! ¡Hay que pensar en el Amor con más fuerza que en la cuestión económica! Tiempo tenemos de ocuparnos de la raquítica tierra. Acudamos a lo que más urge…

¡La Naturaleza es variable, caprichosa, mujer! El Amor vive de deseos y muere de saciedad, dice la gran sentencia. La mujer es fatalmente voluble como el hombre. Es hija del hombre. ¡El Amor no perdona a sus elegidos!

Optemos: la mujer inerte, la montevideana sin alma, sin cuerpo, sin virtud siquiera dentro del mismo punto de vista convencional; sin abnegación, que nada hace vibrar, que presencia, impasible, instalada en un palco, los más grandes sollozos que atraviesan la historia afectiva de la humanidad y que revientan en la música; que mira sin comprender todos los torcedores, todas las angustias dramáticas del corazón estrujado; que no siente a Manón, que no comprende a Fausto, que denomina la pasión: cosas de los libros; que se vende estúpidamente contenta, *prostituta a plazo largo*, como diría Tolstoi, a la codicia de un burgués, con el cual sostiene una amistad de lecho imperturbable; que se apareja por una inercia del instinto, hembra salvaje, reproductora inconsciente, cuya cohabitación, como diría Nordau, no será nunca un episodio en el proceso vital de la humanidad; o bien, la amante y todas sus torturas.

Nosotros, los que hemos sido cien veces crucificados, martirizados, destrozados, no vacilamos. No damos nuestra quemante angustia por la plétora de satisfacción de los burgueses; no damos el tósigo de las traiciones que nos corroen, por la fidelidad jurídica de sus marmotas conyugales Día vendrá en que, domado

el atavismo sentimental, las mujeres puedan ser libres sin que nosotros seamos infelices. La Anarquía nos hará griegos… Safo, Aspasia, Bylitis, renacerán para nosotros en la Ciudad Futura.

Arrancados de la educación cristiana, nos acostumbraremos a mirar en el amor una cosa fugaz, como todo lo que vive.

Nuevos moldes, nuevas armonías, nuevos entrelazamientos, nuevas formas busca con turbulento afán el genio afiebrado de la Naturaleza en los anhelos de Hombre y de la Mujer por la sensación intensa que agota la repetición del mismo beso, el frotamiento de la misma sensualidad.

Que la Vida, poema de palpitación y de fuerza, no nazca pobremente de la inercia del contacto matrimonial, amanerada, trivial, burguesa, artificial casi, denigrada, marcada en la frente por el bostezo sacrílego que la engendró en los hastíos. ¡Que surja estremecida, eléctrica —desgarrón de la carne—, de la vibración extrema de los abrazos tempestuosos, de la fecundación inspirada, violenta, del rayo del espermatozoide precipitado con vértigo!

¡El Amor Libre es un canto a la Especie!

Cuando la libertaria desplegó ante el público, con arrogancia inaudita, su veleidad caprichosa, los sórdidos burgueses lanzaron un grito de triunfo. Sonrisas de feliz ironía florecieron en todos los labios. ¡Me creyeron vendido, pisoteado por mi heroína que los vengaba, inocua ilusión!

Yo dije a la volcánica Favorita, en el albor de nuestras caricias, que sólo aceptaba en sus abrazos la más espontánea comunión del sexo; que su menor sacrificio en aras de la fidelidad ofendería en mí al orgulloso, al anárquico. Le sugerí con imperio que se rindiese a su naturaleza, a la Naturaleza. ¡En mis brazos, en brazos de otro, no ha cesado un momento de ser mi bandera!

13. EL AMOR ENTRE ANARCOINDIVIDUALISTAS

E. Armand[15]

Antes de exponer el punto de vista individualista-anarquista frente a la cuestión «sexual», es necesario ponerse de acuerdo sobre la expresión libertad. Se sabe que la libertad no podría ser un fin, ya que no hay libertad absoluta; como tampoco hay verdad general, prácticamente hablando; no existen sino libertades particulares, individuales. No es posible escapar a ciertas contingencias. No se puede ser libre, por ejemplo, de no respirar, de no asimilarse y desasimilarse… La Libertad, como la Verdad, la Pureza, la Bondad, la Igualdad, etc., no es más que una abstracción. Luego, una abstracción no puede ser un objetivo.

Considerada, al contrario, desde un punto de vista particular, dejando de ser una abstracción, tornándose una vía, un medio, la libertad se comprende.

En este sentido, se reclama la libertad de pensar, es decir, de poder, sin ningún obstáculo exterior, expresar de palabra o por escrito los pensamientos de la forma que se presenten ante el espíritu.

Vida intelectual, vida artística, vida económica, vida sexual: los individualistas reclaman para ellas la libertad de manifestarse plenamente, según los individuos, a tenor de la libertad de los individuos, fuera de las concepciones legalistas y de los prejuicios de orden religioso o civil. Reclaman para ellas, consideradas cual inmensos ríos, por donde se vierte la actividad humana, que puedan resbalar sin ningún obstáculo; sin que las esclusas del «moralismo» y del tradicionalismo atormenten o enloden su caudal. Mejor que éstos son las libertades con sus errores impetuosos, con sus nerviosos sobresaltos, con sus impulsivos malos efectos de retroceso. Entre la vida al aire libre y la vida de bodega, elegimos la vida al aire libre.

Los individualistas han rendido un merecido servicio a los que quieren conquistar la libre discusión de las cuestiones sexuales, extendiendo las nociones de *libertad sexual* y de *amor libre*, sin que por ello creyeran haber descubierto el amor libre: desde tiempos inmemoriales, el coito ha sido practicado extramoralmente y extralegalmente; hubo esposas que tuvieron amantes y maridos que tuvieron queridas.

Los individualistas no quieren codificar el amor en un sentido o en otro. Tratan la cuestión sexual como un capítulo de historia natural. Después de haber demostrado que el amor era tan analizable como cualquier otra facultad humana, reivindican para cada uno la absoluta facultad de adherirse a la tendencia amorosa que pueda responder mejor a su temperamento, favorecer su desarrollo y corresponder a sus aspiraciones.

Así, pues, los constituyentes de una pareja dada pueden permanecer unidos toda su vida a la costumbre monógama, como una puede practicar la unicidad y la otra la pluralidad. Puede suceder que, después de cierto tiempo, la unidad en amor aparezca preferible a la pluralidad, y viceversa. La existencia de experiencias amorosas simultáneas puede comprenderse tanto mejor cuanto que de experiencia a experiencia los grados de sensación morales, afectivas o voluptuosas, varían a veces hasta el punto en que puede deducirse que ninguna se parece a las que la precedieron o se siguen paralelamente. Son solamente cuestiones individuales, y nada más. Tal es el punto de vista individualista.

El amor libre comprende —y la libertad sexual implica— una serie de variedades adaptables a los diversos temperamentos amorosos o afectivos: constantes, volátiles, tiernos, apasionados, voluptuosos, etc. Y reviste una multitud de formas, variando desde la monogamia simple a la pluralidad simultánea: parejas pasajeras o duraderas; hogares de más de dos, poligínicos-poliándricos; uniones únicas o plurales, ignorando la cohabitación; afecciones centrales basadas sobre afinidades de orden más bien sentimental o intelectual, en torno de las cuales gravitan amistades, relaciones de un carácter más sensual, más voluptuoso, más caprichoso; no miran los grados de parentesco y admiten muy bien que un lazo sexual pueda unir también parientes muy cercanos; lo que importa es que cada cual encuentre en ello su parte; y, como la voluptuosidad y la ternura son aspectos de la alegría del vivir, que todos vivan con plenitud su vida sexual o sentimental, haciendo dichoso a otro en torno suyo. El individualista no desea otra cosa.

Hay gente que no acierta a comprender cómo un hombre llegado a edad madura pueda enamorarse de una joven. O, recíprocamente, que una joven pueda enamorarse de un hombre llegado al otoño de su vida. Es un prejuicio. Hay años en los que el otoño es tan bello que hace reflorecer los árboles. Así es también con ciertos seres humanos, que poseen un temperamento amoroso hasta la penúltima aurora de su existencia, la cual no cede a su primera juventud ni la espontaneidad ni la frescura. Un ser llegado a su otoño puede poseer dones naturales que engendren la seducción; por ejemplo, ser atrayente debido a un pasado aventurero y fuera de lo ordinario.

Los que han experimentado y sentido mucho en el dominio de la sensualidad sexual están, indudablemente, más calificados para iniciar a los jóvenes porque, generalmente, proceden con una delicadeza y una suavidad que ignora la fogosidad de la adolescencia.

Por otra parte, las necesidades sexuales son más imperiosas en ciertos períodos de la vida individual que en otros: existen estadios de la existencia personal durante los cuales la ternura y el arraigo son de un más alto valor que el de la pura satisfacción sensual. La observación de todos estos matices es la que constituye el amor libre aplicado, la práctica de la libertad sexual. Como todas las

fases de la vida individualista, el amor libre, la libertad sexual, son una experiencia de la que cada uno extrae las conclusiones que mejor convienen a su propia emancipación.

No he llegado a las ideas que expongo sin haber reflexionado larga y profundamente. Ni la pareja ni la familia me parecen aptos, bien convencido estoy, para desarrollar la concepción anarquista de la vida. La familia es un Estado en pequeño hasta cuando los padres son anarquistas; con mucha más razón cuando no lo es más que uno de ellos, y cuando los chicos se ven sometidos a un contrato muy parecido al social, un contrato impuesto. No niego que la cuestión es ardua y delicada en exceso; pero admitidas las mejores condiciones, la convivencia constante en un mismo medio familiar crea en la criatura una disposición de hábito, una adquisición de costumbres, la práctica de una cierta rutina ética cuyos residuos conserva por mucho tiempo y que salen al paso de su formación autónoma. Bien raro es el medio familiar en que al niño no se lo haga doblegarse a la mentalidad media, o hacer como que se doblega, que es aún peor.

Lo mismo ocurre con la pareja que ignora «los amores laterales», cuyos constituyentes terminan por compenetrarse en la manera de ver las cosas, de sentir, hasta en las manías de uno y otro. Aquí su individualidad desaparece, su personalidad se anonada, se quedan sin iniciativa propia.

Yo no niego —nadie ha habido que lo niegue— que la monogamia no convenga a ciertos —pongamos muchos— temperamentos. Mas basándome en el estudio profundo que de estas cuestiones tengo hecho, me reservo proclamar que la monogamia o la monoandria empobrecen la personalidad sentimental, estrechan el horizonte analítico y el campo de adquisición de la unidad humana.

Oigo decir que la monogamia es superior a otra forma cualquiera de unión sexual. Diferente, sí; superior, no. La historia nos muestra que los pueblos no monógamos en nada ceden, en cuanto a literatura o ciencia se refiere, a los monógamos. Los griegos eran disolutos, incestuosos, homosexuales, enaltecían la cortesana. Veamos la obra artística y filosófica que realizaron. Comparemos la producción arquitectónica y científica de los árabes polígamos con la ignorancia y la tosquedad de los cristianos monógamos de la misma época.

Además, no es cierto como se presume que la monogamia o la monoandria sean naturales. Son artificiales, por el contrario. En donde quiera que sea, si el arquismo no interviene (el arquismo, es decir, la ley y la policía) ni impone su severidad, hay impulso a la promiscuidad sexual. Representémonos las bacanales, saturnales, florales de la Antigüedad —fiestas carnavalescas medioevales, kermesses flamencas, clubs eróticos del siglo de los enciclopedistas—, verbenas contemporáneas. Reacciones que pueden o no gustarme, pero reacciones al fin.

Los sentimientos se hallan sujetos a enfermedades, al igual que todas las facultades o funciones, lesionadas o desgastadas. La indigestión es una

enfermedad de la función nutritiva, llevada al exceso. El cansancio es el «surmenage» producido por el ejercicio. La tisis pulmonar es la enfermedad del pulmón lesionado. El sacrificio es la ampliación de la abnegación. El odio es, a menudo, una enfermedad del amor. Los celos, otra.

El nacionalismo, el chauvinismo o la patriotería, la belicosidad, la explotación y la dominación se encuentran en germen en los celos, en el acopio, en el exclusivismo amoroso, en la fidelidad conyugal. La moralidad sexual aprovecha siempre a los partidos retrógrados, al conservadorismo social. Moralismo y autoritarismo están enlazados uno a otro como la hiedra al roble.

En una novela utópica de M. Georges Delbruck, *En el país de la armonía*, uno de los personajes, una mujer, define los celos en términos lapidarios: «Para el hombre, afirma ella, el don de la mujer implica la posesión de dicha mujer, el derecho de dominarla, de apalear su libertad, la monopolización de su amor, la interdicción de amar a otro; el amor sirve de pretexto al hombre para legitimar su necesidad de dominio; esta falta de concepción del amor está de tal forma anclada entre los civilizados que no dudan en pagar con su libertad la posibilidad de destruir la libertad de la mujer que pretenden amar». Este cuadro es exacto, pero se aplica tanto a la mujer como al hombre. Los celos de la mujer son tan monopolizadores como los del hombre.

El amor tal y como lo entienden los celosos es, por consiguiente, una categoría del arquismo. Es una monopolización de los órganos sexuales, palpables, de la piel y del sentimiento de un humano en provecho de otro, exclusivamente. El estatismo es la monopolización de la vida y de la actividad de los habitantes de toda una comarca en provecho de los que la administran. El patriotismo es la monopolización en provecho de la existencia del Estado, de las fuerzas vivas humanas, de todo un conjunto territorial. El capitalismo es la monopolización a beneficio de un pequeño número de privilegiados, en cuya posesión se encuentran las máquinas y los géneros necesarios a la vida, de todas las energías y facultades productoras del resto de los hombres.

La monopolización estatista, religiosa, patriótica, capitalista, etc., está en germen en los celos, pues es evidente que éstos han precedido las dominaciones política, religiosa, capitalista.

A los celosos convencidos que afirman que los celos son una función del amor, los individualistas recordarán que, en su sentido más elevado, el amor puede también consistir en *querer, por encima de todo, la dicha de quien se ama*, en querer hallar alegría en la realización al máximo de la personalidad del objeto amado. Este razonamiento, este pensamiento, en quienes lo alimentan, termina casi siempre por curar los «celos sentimentales».

En amor, como en todo lo demás, sólo es la abundancia lo que aniquila los celos y la envidia. De la misma forma que la satisfacción intelectual se deriva de la

abundancia cultural puesta a la disposición del individuo; del mismo modo que aplacar el hambre se deduce de la abundancia de alimento puesto a la disposición del individuo…, la eliminación de los celos depende de la «abundancia» sensual y sentimental que pueda reinar en el medio en donde el individuo se desenvuelve.

¿Y de qué forma se aderezará esta abundancia para que nadie sea dejado a un lado, puesto aparte, «sufra», por así decirlo? He aquí la cuestión que ha de resolverse. En su *Teoría Universal de la Asociación*, Fourier lo tenía resuelto constituyendo el matrimonio de tal forma «que cada uno de los hombres pueda tener todas las mujeres y cada una de las mujeres todos los hombres».

Ése es el remedio para los celos, el exclusivismo sentimental o la apropiación sexual, remedio que yo resumiré en esta fórmula tomada a Platón: «Todos a todas, todas a todos». ¿Podrá este remedio conciliarse con los principios del individualismo anarquista, convenir a individualistas?

Mi respuesta es que conviene ciertamente a los individualistas prestos, para tomar una expresión de Stirner, perder algo de su libertad para que se afirme su individualidad. ¿Qué persiguen asociándose, en el dominio sentimental sexual, un número dado de individualistas? ¿Será aumentar, mantener o reducir más y más el sufrimiento? Si lo que persiguen es este último fin, si es en la desaparición del sufrimiento donde se afirma su individualidad de asociados, en la esfera que nos ocupa, el amor perderá gradualmente su carácter pasional para llegar a ser una simple manifestación de compañerismo; el monopolio, la arbitrariedad, el reparo a darse desaparecerán cada día más, haciéndose cada vez más raros. Ésa es la camaradería amorosa.

¿Qué se entiende por camaradería amorosa? Una concepción de asociación voluntaria *englobando* las manifestaciones amorosas, los gestos pasionales o voluptuosos. Es una comprensión más completa del compañerismo que la sola camaradería intelectual o económica. Nosotros no decimos que la camaradería amorosa es una forma más elevada, más noble, más pura; decimos simplemente que es una forma más completa de compañerismo. Toda camaradería que comprende tres, dígase lo que se quiera, es más completa que la que sólo comprende dos.

Practicar la camaradería amorosa quiere decir para mí ser un camarada más íntimo, más completo, más próximo. Y por el mero hecho de estar ligado por la práctica de la camaradería amorosa con el que es tu compañero, tu compañera, tú serás para mí —su compañera o su compañero— una o un camarada más cercano, más *alter ego*, más querido. Entiendo, además, que esto significa servirme de la atracción sexual como de una palanca de compañerismo más amplia, más acentuada. Tampoco he dicho nunca que esta ética estuviese al alcance de *todas* las mentalidades.

Se nos dice que es necesario indicar a qué puerto ha de ir a parar el

individuo que se lanza al océano de la diversidad de las formas de vida sentimental o sexual; el medio anarquista individualista al que yo pertenezco sustenta otro punto de vista. Pensamos nosotros que *es a posteriori y no a priori*, según la experiencia, la comparación, el examen personal, que el individualista debe decidirse por una forma de vida sexual antes que por otra. Nuestra iniciativa y criterio existen para que nos sirvamos de ellos sin dejarnos disminuir por la diversidad o pluralidad de las experiencias. La tentativa, el ensayo, la aventura *no nos da miedo*. Embarcarse lleva consigo riesgos que conviene calcular; hay que mirar bien de frente antes de tomar el barco. Una vez sobre el mar, ya veremos bien por dónde empuja el viento; lo esencial es que fijemos los ojos en la brújula a fin de quedar con la completa lucidez, aptos siempre a «faire le point». Calcular dónde estamos. Consideramos la vida como una experiencia, y la experiencia por la experiencia queremos.

14. UNA EXPERIENCIA EN CAMARADERÍA AMOROSA[16]

Grupo Atlantis

29 de Junio de 1924. Carta a E. Armand:

«Cierta estoy que has de leer con interés la narración de una partida de campo organizada por nuestro grupo “Atlantis”. Para ello nos habíamos inspirado en ciertas ideas de tu gusto, al menos así lo creo. Ha sido una de nuestras salidas que mejor acierto han tenido.

«Se había convenido que los que en ella participaran se despojarían de sus ropas una vez llegados al lugar de la cita. La ropa para nosotros es un símbolo de virtud, como ya tú sabes. Así, como dice Fritz Oerter en *Nacktheit und Anarchismus* (*Desnudez y anarquismo*), «el hombre absoluto es el hombre desnudo, sin vestido ni envoltorio, sin “aderezo”, para decir mejor, y también sin prejuicios y exento de esmeros artificiales». Fuera de eso, qué consuelo pasearse, correr o quedar extendidos, desnudos, en pleno sol, los cuerpos acariciados por la brisa estival, cinco leguas distantes de toda civilización… Imagínate un cielo azul; el bosque, legua y media, extenso poco más o menos, y alrededor del claro en que estábamos reunidos, la espesura, árboles y más árboles. ¡Qué fascinación!

«Acordamos que ninguno de los de la partida se sintiera privado de comida. Nuestro egoísmo individualista no hubiera tolerado que en este día hubiera habido más o menos favorecidos con relación al alimento. Hemos puesto así completamente en común cuanta comida y bebida hemos llevado…

«Nos las arreglamos también porque durante este hermoso día hubiera recreaciones para todos los temperamentos, para todas las edades, para todas las actitudes. Tuvimos música, canto y baile, y el eco de nuestros instrumentos y de nuestros cantos nos acariciaba deliciosamente. Camaradas expertos en la materia habían organizado juegos que requieren agilidad y vigor; otros, únicamente soltura de las facultades cerebrales.

Allí había para todos los gustos y cada cual encontró según su agrado. Algunos compañeros volvieron de una pequeña excursión a un bosque vecino, trayéndonos toda clase de notas sobre las avispas, los avisperos, su miel, etc., afirmando que ciertas de sus observaciones eran inéditas. Yo soy poco competente en esta materia para emitir una apreciación.

«También quisimos que durante esta partida nadie que quisiera pudiera encontrarse sin afección. Y se convino asimismo —en honor a la variedad— que, hasta el otro día por la mañana, todos los participantes escogieran un compañero o compañera que no fuera el habitual, una vez llegados al lugar de la reunión.

Aquellos que no pudieran elegir, se echarían a suertes. Naturalmente, se tomó de antemano la precaución de que hubiera un número igual de compañeras que de compañeros, pudiendo así formar los grupos de afinidad que se quería. Pues bien: de treinta y nueve parejas de todas las edades, veintidós echaron a suertes, queriendo mostrar con ello, creo yo, que lo que les importaba era la realización de la idea de que ninguno de los participantes se encontrase en este día privado de afección.

«En cuanto a los niños, se pensó igualmente con anterioridad que quedarían en compañía de quien les agradase; escogerían los juegos que más les gustasen, y se recrearían a su manera, sin tener que temer las advertencias de «no sean malos» o «esténse quietos». Ni siquiera uno faltaba a la vuelta del otro día por la mañana.

«Estamos completamente de acuerdo contigo de que la extensión y la abundancia de la camaradería amorosa es un factor de compañerismo más efectivo, más productivo, más general. A pesar de las numerosas dificultades a las que hemos debido hacer cara a lo largo de estos últimos años, tenemos diariamente la prueba de que esto es verdad.

«Desde hace dos años hemos añadido al cambio de los compañeros y compañeras el de los niños, porque creemos que, al vivir juntos bajo un mismo techo, sin cambiar de aire (en lo moral y sexual), las facultades de iniciativa, de observación, de diferenciación de los temperamentos individuales se atrofian, se enmohecen, se embotan. Hay ventaja en el cambio de medio familiar para los chicos y los camaradas; se ve mejor nuestro yo, se cesa de reflejar e imitar servilmente a aquellos con quienes se vive.

«He aquí cómo procedemos. Entre camaradas seguros unos de otros, se da a conocer que determinada compañera, compañero o chico desearían cambiar de conjunto por un mes, dos, tres meses, a veces más. Los cambios se establecen. Ana va a casa de Pedro con sus hijos haciéndose compañera de él por un cierto tiempo, en tanto que Jacinta se va a casa de Pablo, compañero habitual de Ana, con sus hijos igualmente, siendo su compañera durante todo el tiempo en que Ana permanece en casa de Pedro. Los chicos de Simón van por seis meses a casa de Manuel y los chicos de éste, a cambio, van seis meses a casa de Simón… Últimamente una compañera, Lucía, ha pasado todo el verano en casa de uno de nuestros buenos amigos, a unos setecientos kilómetros de aquí. Jamás se habían visto y para que ella fuera reemplazada, las dos hermanas de él vinieron a cohabitar con el camarada de quien L… se separaba durante una temporada. Tanto unos como otros se dijeron «encantados», y esto es lo principal. Estoy segura que, generalizando este método, llegaríamos a una camaradería práctica enteramente diferente de la forma de enlace caprichosa o exclusiva que en Occidente se decora con el nombre de «camaradería».

«¡Y qué alegría cuando nos viene la noticia de la llegada de una amiga o

amigo en tránsito! Un mes, o quince días antes, cada uno o cada una se regocija pensando en el nuevo amante que va a caerle en suerte por un día, por algunos días quizá, pues la hospitalidad que ofrecemos no se limita a comer, beber o dormir. Nosotros practicamos vis a vis unos de otros una camaradería que nada tiene en común con esa camaradería escogida, mezquina, exclusiva, caprichosa, que es la camaradería occidental. Nuestra camaradería ignora los límites, como también ignora las conveniencias y el pudor. Cuando el amigo o la amiga llega ¡con qué impaciencia nos inquirimos de las cosas y objetos diferentes que puedan faltar al medio o familia de donde él o ella proviene! *Siempre* hay entre nosotros un producto del que tenemos de sobra para canjear por otro que nos falta o del que no tenemos bastante, pero que ese grupo o familia posee en abundancia. Y si no hay medio de trocar, enviamos no obstante el producto que a ellos les falta y que nosotros tenemos en demasía. Nos satisface solamente el placer, la alegría que causamos a estos camaradas lejanos… ¿Acaso no actúan ellos de la misma forma con nosotros cuando se presenta la ocasión?»

15. LA COLONIA CECILIA

Juan Rossi (Cardias)[17]

Fue en una tarde de noviembre de 1892 que Eleda y Aníbal llegaron a la colonia, y fue una llegada poco alegre. Los nuevos compañeros estaban fatigados del viaje, y mal prevenidos contra la colonia, que dos disidentes —llamémosles así— establecidos en Curitiba les habían descrito como una de las más pobres y menos socialista de lo que en realidad era. También por parte mía contribuí a la poco alegre llegada, recibiéndolos algo fríamente, por haber creído que habían titubeado en venir, lo cual no era verdad. Así es que aquella tarde Eleda no me hizo otra impresión que la de una personita fatigada y un poco triste.

Y sin embargo aquellos nuevos compañeros eran merecedores de todas mis simpatías. Conocí a Eleda un año antes en… durante una conferencia pública en la cual expuse ideas sobre el amor libre. Me acuerdo que, habiéndola interrogado privadamente, me respondió con mucha ingenuidad que las admitía. La vi, pocos días después, en un hospital de aquella ciudad, enfermera valerosa, llena de abnegación, incansable, cerca del lecho de muerte del valiente joven socialista que, durante cinco años, fue su compañero amantísimo. Los amigos me dijeron que la vida de Eleda fue siempre una continua y modesta abnegación; una lucha penosa, pero fuerte e inteligente, para su amigo y para nuestras comunes ideas.

De ella, de su sencillez, de su tristeza, de su fuerza de ánimo, me había llevado un cierto sentimiento de simpatía y de admiración; pero no el pequeño deseo de la mujer. Eleda era para mí una figura noble y delicada, que se imponía por su carácter, que me embarazaba por su bondad, que me gustaba como nos gusta un compañero galante. Los momentos en que la conocí fueron raros, breves y dolorosos, pero esas impresiones quedaron claramente grabadas, precisas, y así se lo comuniqué a la buena amiga Giannotta.

Aníbal es un buen compañero, de aquellos que en la agitación socialista se han habituado a perder mucho y ganar nada. Es de mente nada vulgar, pero tiene el corazón más grande que la mente. Bajo una apariencia tosca, esconde un sentimiento fino y delicado. Fue de los primeros y de los pocos que apoyaron con decisión la iniciativa de esta colonia socialista, y la ayudó mucho viniendo después a formar parte de ella. Aníbal es un hombre a quien estimo y trato con particular esmero.

En los primeros días de su llegada tuve ocasión sobrada de conocer mejor a Eleda. Es una mujercita de treinta y tres años; pero cuando está tranquila y se siente en salud, demuestra tener apenas veinticinco. Tiene en sus ojos y en su carita de líneas finas algo que la asemeja a una niña. La expresión de su faz es siempre

seria, de una seriedad triste. Principió a interesarme, y a menudo me complacía en preguntarle si se habituaba a la soledad de la pradera y de los bosques, a esta monotonía y escasez de vida. Me respondía que hacía todos los esfuerzos para ello y que lo lograría. Entonces veía en ella a la socialista inteligente, valerosa, buena… Y de ahí creció en mí una simpatía, un afecto delicado y atento que no era otro que el alba del amor.

Una noche me dio a leer una carta que le había escrito Giannotta, augurándole un buen viaje para la colonia. «Si vas sola —le decía— acompáñate, una vez allí, con mi amigo Cardias; haréis una buena pareja; de cualquier modo que sea, dale en mi nombre un beso y un abrazo.»

—Y bueno, Eleda, ¿cuándo piensa cumplir el encargo de Giannotta? ¿Cuándo paga aquella deuda? —le pregunté, bromeando, al día siguiente.

—Pronto o más tarde —respondió en el mismo tono.

Pasaron algunos días.

—Escuche, Eleda —le dije una noche en su casa—. Usted es una mujer seria, y se le debe hablar sin artificios.

Me miró y comprendió enseguida.

—¿Por qué no podría amarme también un poquito?

—Porque temo hacerle demasiado daño a Aníbal.

—Háblele de ello.

Nos separamos sin un beso.

Eleda le habló a Aníbal como una compañera afectuosa, pero libre y sincera, debe hablar al compañero que ama y estima. Aníbal respondió como un hombre que, por encima de sus pasiones, pone el escrupuloso respeto a la libertad de la mujer.

—Sufre —me dijo Eleda.

—Era de prever —respondí—. Pero ¿cree que sufre en él el lado bueno o el malo del corazón? Este dolor, ¿es humano, es socialista, es indestructible? ¿Es el dolor del puñal que mata, o es el del bisturí que cura?

—Esto es lo que conviene saber —me respondió Eleda. Y nos separamos sin cambiar aún ni un beso.

El mismo Aníbal nos lo dijo:

—Es el prejuicio, es el hábito, es un poco de egoísmo, es lo que queráis; pero la libertad debe preceder en todo y antes que todo. Amo a Eleda, y no hay motivo para que deje de amarla. Sufriré, pero me hará bien. Tú vives triste, sin amor. Eleda hará perfectamente bien en confortar tu vida.

—¿Guardas resentimiento para con Eleda o conmigo?

—De ningún modo.

Aquel día Eleda y yo cambiamos el primer beso. Aquella noche Eleda vino a mi casa, y Aníbal lloró en la tristeza del aislamiento.

Así, desgraciadamente, es aún la vida. La felicidad de uno se empequeñece ante el dolor del otro.

Pocos días después, los compañeros supieron de nuestra iniciativa de amor libre. ¡Con cuánta delicadeza, con cuánta lealtad, con cuánta abnegación se había triunfado sobre uno de los más sentidos y feroces prejuicios sociales!

En la colonia Cecilia, desde sus comienzos, se había hecho la propaganda teórica del amor libre, entendido no como unión ilegal —o divorciable maridaje sin cura o sin juez— sino como posibilidad de afecciones diversas y contemporáneas, como la verdadera, evidente práctica y posible libertad de amor, tanto para el hombre como para la mujer. En general, se admitía teóricamente esta reforma: pero, en la práctica, se la aplazaba para las Calendas griegas, por el dolor que experimentaban los maridos, por los prejuicios de las mujeres, por las relaciones domésticas desde larga fecha establecidas y que parecía duro romperlas, por el temor de que, disolviéndose la colonia, mujeres y niños quedaran abandonados a sí mismos y puede que, un poco, por deficiente emprendimiento del elemento célibe; pero más que todo, me parece, por aquella fuerza obstinada, brutal, irreflexiva del hábito, que dificulta y dificultará siempre el progreso humano.

Así predispuestos los ánimos en la colonia, la noticia fue acogida con un sentimiento de grata sorpresa, turbado solamente por el temor de que Aníbal, a pesar de su inteligencia y de su bondad, sufriese con ello. Las mujeres, en general, no cambiaron su comportamiento para con Eleda, y hasta puedo asegurar que ningún sentimiento de poca estima, interior u oculto, guardaban con ella.

Cuando después se vio el modo respetuoso con que traté a Eleda, el continente de ésta que no cesó un momento de ser afectuosa con Aníbal y reservada conmigo; el afecto fraternal que nos une a Aníbal y a mí en el objetivo común de hacer agradable la vida de Eleda; cuando, en suma, se vio que el amor libre no es vulgaridad animalesca sino la más alta y bellísima expresión de la vida afectiva, desaparecieron hasta las últimas vacilaciones, y nuestro caso —sin que hasta el presente haya sido imitado— fue considerado como un hecho normal de la vida.

Más aún; me parece que el viejo edificio del amor único y exclusivo, de la pretendida o real paternidad, ha quedado aquí maltrecho en sus paredes maestras desde la cúpula a los cimientos, próximo a derrumbarse si otro empuje viene a sacudirlo de nuevo. De la entidad familiar, me parece que aquí ha muerto el espíritu y sólo queda el cuerpo, valiéndome de las frases que los viejos metafóricos usan.

El hecho que he narrado sucintamente es demasiado complejo, demasiado íntimo, demasiado finamente entretejido de sentimientos diversos para que pueda ser fácilmente comprendido no sólo por los extraños, sino hasta por los mismos actores. Para mayor comprensión me ha parecido necesaria una especie de análisis

psicológico, al cual Aníbal y Eleda se han prestado con absoluta sinceridad, respondiendo a los dos cuestionarios que reproduzco a continuación:

«*Cardias* ruega al querido compañero Aníbal le responda sinceramente a las preguntas siguientes, con el objeto de precisar algunos datos psicológicos referentes al tema del amor libre. Un beso afectuoso de tu *Cardias*.»

«Respondo voluntariamente a tus preguntas, pero haciéndote observar, que si el libre amor estuviese generalizado, muchos sí dolorosos se convertirían en no. Cordialmente te devuelvo el beso que me mandaste. Tu afectísimo *Aníbal*.»

«—¿Admitías en la mujer la posibilidad de amar noblemente a más de un hombre? —Sí, pero no en todas las mujeres. —¿Le reconocías este derecho? —Sí. —¿Considerabas al amor libre útil al progreso de la moral socialista y de la paz social? —Sí, lo creía y aún lo creo, porque sin ello, ¿dónde están la libertad y la igualdad? —¿Creías que la práctica del amor libre pudiese causar dolor a algunos de los dos participantes? —Sí. —¿Cuál, especialmente? —Tal vez a los dos. —¿Considerabas que el compañero de la mujer hubiese sufrido adolorido el nuevo afecto de su compañera para con otro? —Sí, si la ama verdaderamente. —¿Que lo hubiese aceptado con indiferencia? —Sí, si no la amase, o fuese un canalla. —¿Con placer? —Casi nunca; pero podría sentir satisfacción si conoce que efectúa una obra consoladora y digna de nuestros principios. —¿Que lo hubiese deseado, sugerido, favorecido? —Idem.

—Cuando Eleda te contó mi petición, ¿sentiste dolor? —No. —¿Sorpresa? —No, porque lo había ya manifestado en Italia y a ello estaba preparado.

—¿Desprecio? —No, nunca. —¿Humillación? —No. —¿Resentimiento para conmigo? —Resentimiento no, pero sí compasión. —¿Fue vanidad ofendida? —No. —¿Instinto de propiedad herido? —Nunca pensé en ser propietario de Eleda; esto hubiera sido una afrenta para ella. —¿Egoísmo o deseo de bien exclusivo? —Egoísmo no, pero más bien miedo de que disminuya su afecto para conmigo. —¿Temor del ridículo? —Un poquito. —¿Idea de lesa castidad conyugal? —¿Acaso fui casto yo? —¿Fue espontáneo tu consentimiento? —Absolutamente sí. —¿Fue por coherencia a los principios de la libertad? —Un poco por compasión de verte sufrir, y un poco por coherencia. —¿Fue por piedad de mí, que tanto tiempo vivía sin amor? —A esto respondí ya. —¿Si se hubiese tratado de otro compañero, supones que habrías experimentado idénticas sensaciones? —No podría precisarlo; pero si así hubiese acontecido, hubiera sufrido mayormente. —¿Si se hubiese tratado de un proletario, no compañero nuestro? —Idem. —¿De un burgués? —Hubiera compadecido a Eleda y sufrido mucho, sin poder afirmar que la hubiese dejado.

—¿Has sufrido mayormente antes de verme con Eleda? —No. —¿La primera vez? —Sí. —¿O en cuál de las siguientes? —Siempre, más o menos. —¿Has llorado? —Sí. —En tu dolor, ¿había resentimiento contra Eleda? —No. —¿Contra

mí? —No. —¿Tristeza de aislamiento? —Un poco. —¿Temor de que sufrieran una desviación los afectos de la compañera? —Conozco lo suficiente a Eleda para decir no. —¿Temor de que yo la tratase vulgarmente? —No. —¿Qué la tratase con dulzura? —Sí. —¿Deseo de que ella gozase de otro afecto fisiológico e intelectual? —No sé. —¿Disgusto de esto? —Si ocurriese, no sentiría disgusto. —¿Temor de que volviese menos pura? —Conozco a Eleda lo suficiente para responder no. —¿Menos afectuosa? —Sí. —¿Instinto irrazonable e involuntario de egoísmo? —Por más que todos, actualmente, seamos egoístas, no creo que mi disgusto fuese producido por el egoísmo. —Combatiendo tu dolor, ¿has experimentado la satisfacción del que hace un bien? —Ciertamente. —¿Te cruzó por la mente la idea de la fuga? —Sí, pero no fundado en este solo motivo. —¿La apreciación de los demás influye sobre tus sentimientos? —Desprecié siempre las apreciaciones de los demás; sin embargo, me hubiera causado pena verme el ludibrio de los imbéciles. —¿La estima para tu compañera es igual que antes? —Sí. —¿El afecto para ella es igual, mayor o menor? —Es igual, pero tal vez mayormente sentido. —¿La repetición de las ausencias de tu compañera alterna tu dolor? —Sí. —¿Lo vuelve irascible? —No. —¿Te son más dolorosas las ausencias breves? —No. —¿Las largas? —Sí. —¿Serían más dolorosas las ausencias de algunos días? —Aquí entra el egoísmo, puesto que las ausencias largas harían de mí un paria del amor, como tú eras antes. —¿Sufres mayormente viendo a la compañera quedarse conmigo? —Al principio sí. —¿O viéndola marchar de tu casa para la mía? —Ahora me es indiferente. —¿Te parecería más aceptable que la compañera viviese sola y nos invitase voluntariamente? —Sí, para la tranquilidad y libertad de todos. —¿Te disgusta que yo la ame? —No. —¿Crees que el amor libre se generalizará por la rebelión de las mujeres? —Sí. —¿Por el consentimiento de los hombres? —Aunque los hombres no lo quieran, cuando las mujeres se rebelen seriamente, se efectuará, y todos, después, estarán contentos de ello. —¿Por desinteresada iniciativa de estos últimos? —No, salvo algunas excepciones, que podrán dar el buen ejemplo».

«Eleda: Para el estudio exacto del episodio afectivo en el cual tan noblemente has participado, necesito algunos datos sobre tus íntimas sensaciones. Te los pido con la certeza de que me los confiarás sinceramente, porque tú conoces la importancia que puede tener este estudio psicológico, y porque la franqueza está en tu carácter. Perdóname si algunas preguntas son indiscretas; perdóname y procura responder, porque tienen una mira científica. El amigo *Cardias*.»

«—¿Fuiste educada según la moral ortodoxa? —Sí, hasta los veinte años. —En el primer amor juvenil ¿te sentiste absorbida exclusivamente en un solo afecto? —Sí. —En tu segundo amor, que fue el más duradero y el más intenso, ¿amaste a otro al mismo tiempo que a tu adorado y llorado compañero? —No. —¿Sentiste alguna naciente simpatía? —Sí. —¿La cultivaste? —No. —Cultivarla, ¿te hubiera parecido culpable? —No. —¿Te faltó la ocasión? —Sí. —¿La buscaste? —No. —¿Tu

afección por L…, que fue la más breve y la menos profundamente sentida, fue exclusiva? —Sentí en aquel tiempo otra simpatía; pero, como se suele decir, inocente. —¿Y tu afección por Aníbal fue exclusiva? —Sí, hasta que te conocí. —¿Hace mucho tiempo que admites la posibilidad de amar contemporáneamente a más de una persona? —Sí. —¿Fuiste alguna vez celosa? —Alguna vez; pero mis celos fueron de brevísima duración. —¿Te entregaste alguna vez sin amor? —Nunca sin simpatía. —¿Y por sensualidad? —Jamás. —¿Toleraste violencias morales? —No. —¿Te sorprendió mi petición amorosa? —Un poco. —¿Te disgustó la forma breve y directa que empleé? —Al contrario, me gustó mucho. —¿Prometiste por piedad? —Un poco. —¿Por simpatía? —Sí. —El temor de causar dolor a tu compañero ¿era verdaderamente el único obstáculo? —El único. —¿Te tentó la idea de amarme, sin que lo supiese tu compañero? —No. —Cuando le referiste mi petición, ¿manifestaste el deseo de satisfacerla? —No. —Sufriste al adivinar el disgusto del compañero? —Sí. —¿Sufriste por él? —Sí. —¿Por ti? —También por mí. —¿Por mí? —Por ti especialmente. —¿Consideraste su dolor como una prueba de amor para contigo? —Sobre esto *no sé* dar mi opinión. —Cuando te entregaste a mí, ¿el consentimiento de tu compañero era completo? —Sí. —¿Precipitaste un poco los acontecimientos? —No. —¿El dolor de tu compañero lo consideraste razonable? —Lo consideré como el resultado de los prejuicios que, queramos o no, pesan sobre nosotros. —¿Destinado a desaparecer? —Sí. —Nuestra conducta vis a vis de tu compañero, ¿te pareció correcta? —Sí. —¿Viniste a mí con conciencia segura? —Sí. —¿Aumento yo un poco la felicidad de tu vida? —Sí. —¿Me amas sensualmente, intelectualmente, de corazón? ¿Un poco de las tres maneras? —Sí, un poco de todos estos tres modos. —Desde el primer día, ¿me amas un poco más? —Mucho más. —¿Amas más a Aníbal? —Sí. —Estos dos afectos contemporáneos ¿te han vuelto más buena? —Sí. —¿Más sensual? —No. —¿Te perjudican la salud? —No. —La multiplicidad simultánea de los afectos, esto que nosotros llamamos amor libre, ¿te parece natural? —Sí. —¿Socialmente útil? —Con preferencia a todo, socialmente útil. —¿Te disgustaría no conocer la paternidad de un hijo que ahora generases? —No.»

No se crea que Eleda es una mujer de fáciles amores, y mucho menos uno de aquellos fenómenos patológicos a los cuales es inútil buscar las leyes fisiológicas de la vida. Ella representa más bien el tipo medio de las obreras inteligentes de las grandes ciudades, perfeccionadas por el ideal socialista, clara e íntimamente comprendido. Y que es un tipo normal de mujer lo prueba el que no es vulgar ni romántica; es delicada, gentil, pero positiva.

Su juventud afectiva fue triste, casi dramática, y ha dejado impresa en ella un tinte de verdadera tristeza, que raramente la abandona. Joven inexperta, amó a su cuñado, quien la obtuvo por sorpresa. Fue aquel un amor infeliz, como todos los amores clandestinos, agitado por un afecto inmenso, irresistible para el amigo, y

por una ternura indecible para la hermana. Catástrofe terrible: la muerte de la hermana, seguida de la muerte del amigo.

Cuatro años después, cuando el corazón de Eleda pudo abrirse otra vez a las sonrisas del amor, fue su compañero un joven inteligente y esforzado, el más activo, el más eficaz socialista que haya jamás agitado las masas obreras de… Pero las contrariedades de la familia, las persecuciones de la policía, que varias veces encarceló al amado compañero, y las estrecheces de la miseria, contristaron un amor que duró cinco años, y que tuvo un epílogo bajo la bóveda del hospital en el cual se extinguió la vida del valiente joven.

Un año después, Eleda encontró un doliente solitario de la vida y, un poco por piedad, un poco por el fastidio de la viudez, un poco por simpatía, se entregó a él. Fue el período menos bello de su vida afectiva, y los acontecimientos lo truncaron a los tres meses.

Vino al fin la libre unión con Aníbal, contraída para ir juntos a la colonia Cecilia.

Que las mujeres honestas estudien esta biografía de Eleda, en la cual ni un secreto hay oculto, y díganse luego a sí mismas si esta mujer es vituperable, si seguir su ejemplo sería vergonzoso.

Y ahora intentaré mi propio análisis psicológico, advirtiendo que yo tampoco soy una excepción de inteligencia y de bondad; no soy más que un hombre crecido, como tantos millares de hermanos míos, en aquella escuela educadora del dolor que, en conclusión, es la vida; un poco escéptico, un poco pesimista, pero también un poco optimista cuando pienso en el porvenir —optimista de la escuela positiva—, un hombre de contradicciones, como por otra parte me parece lo somos todos en este período de regeneración social.

Amo a Eleda, o mejor dicho, la quiero bien, como prefiere decir, con agudeza de raciocinio, nuestra compañera. Para nosotros, el amor, según sea verdadero o simulado, es la forma patológica o quijotesca del afecto; es aquella forma congestional que levanta al adolescente hacia las nubes luminosas de la adoración platónica, donde Dante ve pasar a Beatriz

benignamente d'umiltá vestuta

o es el terrible martirio de Leopardi, es el suicidio, es el delito de los miles ignorados; cuando no es la simulación de altos sentimientos, la profanación de una noble locura en una vulgar comedia, que tiende a conquistar un cuerpo, una dote, una posición social.

Querer bien es la forma fisiológica, normal, común, del afecto. Querer bien, oscila entre los 20° y los 8° del centígrado del amor; más bajo está el capricho, la simpatía de un día, de una hora, que —gentil y ligera— llega, besa y pasa; más alto está la locura sublime o la ridícula estupidez. Querer bien es una mezcla apetitosa

de voluptuosidad, de sentimiento y de inteligencia, en proporciones que varían, según los individuos que se quieren bien. En conclusión, «querer bien» me parece que es lo que debería bastar a la felicidad afectiva de la pobre especie humana.

Así es que quiero bien a Eleda; la quiero bien de modo subjetivo y objetivo, o sea, le quiero bien por ella y por mí.

Si le quisiera bien sólo para mí, por los goces que me da, por el calor que ha aportado a mis pensamientos, debería decir, con más exactitud, que me quiero bien. Sería un afecto nobilísimo cuanto queráis, pero egoísta como el afecto que tenemos a nuestros pulmones, a nuestro estómago, a nuestra piel por los servicios que nos prestan, por la necesidad que de ellos tenemos; como el afecto que se siente para las flores recién cortadas y puestas en agua sobre nuestra mesa; como el afecto que decimos sentir para con los canarios cuando cantan bien en su jaula. Son amores subjetivos; «nos queremos bien» a nosotros mismos.

Quiero bien, además de a mí, también a Eleda, y por eso deseo que encuentre en este mundo —ya que al otro hemos renunciado— todos aquellos fugaces momentos de felicidad y todos aquellos días serenos que le sea posible encontrar. Y como no soy tan presuntuoso —lo que valdría decir tan imbécil— de creer que soy, no toda, ni una gran parte, la felicidad para Eleda, me complazco en sus afectos pasados, en los presentes, y en los futuros. Lejos de atormentarme con celos retrospectivos, hablo con ella voluntariamente de los amores que han ocupado tanta parte de su vida y procuro conservarlo en su memoria, resucitar sus emociones. Amo a aquellos dos seres extintos que tanto amaron a mi amiga, y tanto fueron por ella amados. Con quien conservo un poco de antipatía es con aquel tercero que rápidamente pasó en la vida afectiva de Eleda. Y la conservo así porque no era digno de ella, porque no la quiso lo suficiente, porque no fue lo suficientemente amado.

Porque, en suma, aportó pocos momentos de felicidad a la vida de la amiga.

Amo a Aníbal, porque sé que Eleda lo ama profundamente y está orgullosa de su amor. He ahí por qué —antes de comenzar nuestra relación—, cuando temía que el dolor de Aníbal pudiese ser incurable, le dije con firmeza y sinceridad: —Oye; si mi afecto debiese hacer pedazos el tuyo preferiría dejar las cosas como están.

He ahí por qué, por la noche, acompaño a menudo a su casa, desde nuestro punto de reunión, a Aníbal y a su compañera, y les auguro afectuosamente las buenas noches.

He ahí por qué estoy contento de que, cuando Eleda dice a Aníbal: «Voy con Cardias», le dé y reciba de él un beso.

He ahí por qué me torturaban las explosiones de desesperación que, en los comienzos vencían a Aníbal, cuando abrazaba y besaba a nuestra Eleda, susurrándole entre lágrimas: —¡Cuánto sufro, qué loco soy! Sé que continúas

queriéndome, que me quieres más que antes. Pero tengo miedo; miedo de que quieras a Cardias más que a mí, porque es más inteligente que yo. Te quiero demasiado, y soy injusto contra el compañero. Hago mal, lo veo, lo siento, me vuelvo tonto, me volveré loco, quisiera morir. Quiéreme mucho, porque yo te quiero tanto…

He ahí por qué estoy contento ahora de que, entre Aníbal, Eleda y yo hay una perfecta ecuación de afectos, y de que los cuidados de uno por uno no turban la serenidad del otro.

Corre entre la gente, y es aceptado e indiscutido, el dogma de que no puede amarse a varias personas al mismo tiempo.

Si no fuese dogma, y no fuese también opinión generalmente aceptada, ¿cuánto trabajo se necesitaría para demostrar la verdad? Entonces, la verdad —natural, espontáneamente aceptada— sería que, excepcionalmente, se puede amar a una persona sola.

Pero cuando todos, o la mayoría, creen una bestialidad, no tienen necesidad de demostrarla; lo más que hacen es apoyarla con algún proverbio vulgar, ya que de proverbios la ignorancia popular no ha sufrido escasez. Toca a los herejes la confutación del dogma, la demostración de que, lo contrario, es la verdad.

Amar más de una persona al mismo tiempo es una necesidad de índole humana.

Se ama una persona por ciertas cualidades suyas: la belleza, el espíritu, la bondad, la inteligencia, la fuerza, la bravura. ¡Y cuántas gradaciones, cuántos modos de ser hay por cada una de estas cualidades! Amaremos a la persona que posee, entre estas cualidades, aquella que a nosotros más nos plazca. Pero después encontraremos otra persona, varias, que poseerán las mismas cualidades, la misma atracción en mayor o menor grado, y no podremos menos que amarla. La hipócrita moral logrará alguna vez condenarnos a un ridículo martirio, pero las más de las veces destruirá la sustancia de la monogamia y conservará de ella sólo la forma.

Cambiemos los ritos y los nombres cuanto queramos, suprimámoslos si así nos place; pero mientras tengamos un hombre, una mujer, unos hijos, una casa, tendremos la familia, que equivale a decir una pequeña sociedad autoritaria, celosa de sus prerrogativas, económicamente rival de la gran sociedad. Tendremos los pequeños territorios tiranizados por los fuertes, tendremos los ambientes circunscritos, en los que el amor se explica en sus más erróneas y doloras manifestaciones, de los celos al delito. Y así como la vida colectiva resulta en parte de la suma de todas las vidas individuales, y así como los hábitos privados influyen grandemente sobre los hábitos públicos, será minada y poco segura la existencia de una sociedad que pretendiese regirse bajo dos principios contradictorios: el egoísmo de la vida doméstica y la solidaridad de la vida colectiva. En el duelo formidable que necesariamente se empeñaría, no es fácil

prever a cuál de los dos principios combatientes le tocaría sucumbir.

La armonía de las relaciones económicas entre el individuo y la sociedad podrá ser natural y espontánea sólo cuando todas las mujeres serán consideradas como posibles amigas y todos los niños como posibles hijos.

La expresión «amor libre» que aquí he usado no es muy conveniente, porque con las mismas palabras se designa a menudo otra cosa, y porque *libre* se puede decir que es el adjetivo necesario y siempre incluido en el concepto de amor. Es útil encontrar una expresión adaptada a aquel modo de relaciones afectivas que he indicado; es útil por brevedad de lenguaje y para claridad de ideas. Excluido el término de «unión libre», que significa otra forma de familia; excluido el término poliandria poligámica, que puede ser simplemente un matrimonio de cuatro y una familia más numerosa, quedan los términos de «matrimonio complejo», ya usado en Oneida y el de «maridaje comunal», usado por L. H. Morgan y Pedro Kropotkin. Yo preferiría sin embargo la expresión «abrazo anarquista», o mejor la de «beso amorfista», que me parece significa más claramente la negación de toda forma doméstica en las relaciones sexuales.

Me place poder añadir que la iniciativa del caso amorfista relatado en este folleto ha sido recientemente imitado por otra mujer valerosa. Este segundo caso es aún más significativo que el primero, porque la heroína hace apenas dos años que salió de las incultas clases agrícolas de Italia y estaba ligada por dieciocho años de vida matrimonial y una corona de cinco hijos. Sin embargo, ella también ha sentido surgir un nuevo afecto al lado del afecto antiguo; y noblemente lo ha manifestado al padre de sus hijos, y ha sido tan afectuosamente elocuente en expresar la necesidad de procurar el triunfo de nuestras ideas amenazadas por el principio de familia, que su compañero apuró heroicamente el amargo cáliz, y, en un encuentro de ayer por la tarde, nos ha dado él mismo la noticia de la lealtad que ha demostrado.

Es otro paso seguro que la colonia Cecilia ha dado, sobre los prejuicios, hacia su sonriente porvenir.

16. COMUNAS DE LA CONTRACULTURA

Los Diggers[18]

Puntos sobre la Libertad y la Participación en las Comunas basadas en el Amor:

1. La comuna basada en el amor es una organización anárquica exenta de complicaciones de tipo autoritario. Esto significa que no caben en ella los impostores megalómanos, jefes, amos ni charlatanes que fingen ser *gurú*.

2. En los límites de lo posible, todo el trabajo está distribuido entre todos. No hay ninguna trampa como esa permanente «división del trabajo» que lleva inevitablemente a la división de las personas en clases diferentes.

3. Todos los conocimientos y las revelaciones son patrimonio común, disponible y gratis para todos. Esto quiere decir que no existe ningún profesionalismo monopolista. Esto significa también que los Diggers pueden convertirse (y se convertirán) en chicos y chicas versátiles e incluso universales con sus espléndidas potencialidades realizadas al máximo, y de este modo serán los progenitores de los seres totalmente conscientes e iluminados de la próxima Era del Acuario. Y cualquier digger contribuirá a la comuna basada en el amor en la medida de las propias posibilidades.

4. Todos los bienes materiales de la comuna se distribuyen entre los Diggers en la medida de las necesidades de cada cual o, cuando los bienes sean abundantes, estarán gratuitamente a disposición de todos.

5. Todos los trabajos pesados serán automatizados de manera de que todos tengan suficiente tiempo libre para dedicarse a sus propias actividades particulares.

6. Cada cual es libre de hacer lo que quiera a condición de que esto no signifique la castración de la libertad ajena.

7. Para asegurar una efectiva libertad personal, nadie es tratado ni considerado como propiedad ajena; esto se aplica tanto a los niños como a los adultos. Nadie tiene «derechos» sobre los demás y los padres no tienen «derechos» sobre los hijos.

8. La libertad, el bienestar, la educación, la iluminación de los niños son responsabilidad de toda la comuna.

9. Para asegurar una efectiva libertad sexual, la relación sexual en el interior de una pareja, que podrá ser breve o prolongada, según la exigencia de las partes, se considera como un acuerdo recíproco libremente estipulado. Puede ser libremente roto en cualquier momento por una u otra parte y ambas pueden contraer acuerdos con nuevas partes: un acuerdo normal que cancela

automáticamente el anterior. El acuerdo sexual se considera un asunto que concierne exclusivamente a la pareja en cuestión, y no está sujeto a interferencias de una tercera parte. Todos los problemas sexuales son discutidos libremente e ilustrados abiertamente.

10. No existen restricciones tales como leyes, cláusulas y reglamentos, ni presunciones como la respetabilidad y la moralidad farisaica y actitudes del tipo de «soy-mejor-que-tú». El modo de vida de los Diggers siempre es materia de amor y comprensión.

Si todos los puntos citados se cumplen de manera completa, llevarán la práctica de la libertad y de la participación a un nuevo grado de elevación en la sociedad humana.

17. CUANDO DOS SERES SE AMAN

América Scarfó[19]

«Buenos Aires, 3 de diciembre de 1928. Al camarada E. Armand.

«Querido camarada:

«El motivo de la presente es, principalmente, consultarlo.

Tenemos que actuar, en todos los momentos de la vida, de acuerdo a nuestro modo de ver y de pensar, de manera que los reproches o las críticas de otra gente encuentren a nuestra individualidad protegida por los más sanos conceptos de responsabilidad y libertad en una muralla sólida que haga fracasar a esos ataques. Por eso debemos ser consecuentes con nuestras ideas.

«Mi caso, camarada, pertenece al orden amoroso. Soy una joven estudiante que cree en la vida nueva. Creo que, gracias a nuestra libre acción, individual o colectiva, podremos llegar a un futuro de amor, de fraternidad y de igualdad. Deseo para todos lo que deseo para mí: la libertad de actuar, de amar, de pensar. Es decir, deseo la anarquía para toda la humanidad. Creo que para alcanzarla debemos hacer la revolución social. Pero también soy de la opinión que para llegar a esa revolución es necesario liberarse de toda clase de prejuicios, convencionalismos, falsedades morales y códigos absurdos. Y, en espera de que estalle la gran revolución, debemos cumplir esa obra en todas las acciones de nuestra existencia. Para que esa revolución llegue, por otra parte, no hay que contentarse con esperar sino que se hace necesaria nuestra acción cotidiana. Allí donde sea posible, debemos interpretar el punto de vista anarquista y, consecuentemente, humano.

«En el amor, por ejemplo, no aguardaremos la revolución. Y nos uniremos libremente, despreciando los prejuicios, las barreras, las innumerables mentiras que se nos oponen como obstáculos. He conocido a un hombre, un camarada de ideas. Según las leyes burguesas, él está "casado". Se ha unido a una mujer como consecuencia de una circunstancia pueril, sin amor. En ese momento no conocía nuestras ideas. Empero, él vivió con esa mujer varios años y nacieron hijos. Al vivir junto a ella, no experimentó la satisfacción que hubiera sentido con un ser amado. La vida se volvió fastidiosa, el único medio que unía a los dos seres eran los niños.

«Todavía adolescente, ese hombre toma conocimiento con nuestras ideas y nace en él una conciencia. Se convierte en un valiente militante. Se consagra con ardor y con inteligencia a la propaganda. Todo su amor no dirigido a una persona lo ofrenda a su ideal. En el hogar, mientras tanto, la vida continúa con su monotonía, alterada solamente por la alegría de sus pequeños hijos. Ocurrió que las circunstancias nos hicieron encontrar al principio como compañeros de ideas.

Nos hablamos, simpatizamos y aprendimos a conocernos. Así fue naciendo nuestro amor. Creímos, al principio, que sería imposible. Él, que había amado sólo en sueños, y yo, que hacía mi entrada a la vida. Cada uno continuó viviendo entre la duda y el amor. El destino —o más bien el amor— hizo lo demás. Abrimos nuestros corazones, y nuestro amor y nuestra felicidad comenzaron a entonar su canción en medio de la lucha y del ideal, que más impulso les dieron aún. Y nuestros ojos, nuestros labios, nuestros corazones se expresaron en la conjuración mágica de un primer beso. Nosotros idealizamos el amor pero llevándolo a la realidad. El amor libre que no conoce barreras ni obstáculos. Esa fuerza creadora que transporta a dos seres por un camino florido, tapizado de rosas —y algunas veces de espinas— pero donde se encuentra siempre la felicidad.

«¿Es que acaso todo el universo no se convierte en un edén cuando dos seres se aman?

«También su mujer —a pesar de su relativo conocimiento— simpatiza con nuestras ideas. Últimamente ella dio pruebas de desprecio hacia los sicarios del orden burgués cuando la policía comenzó a perseguir a mi amigo. Fue así como la esposa de mi compañero y yo hemos llegado a ser amigas. Ella no ignora nada de lo que representa para mí el hombre que vivía a su lado. El sentimiento de afecto fraternal que existía entre ellos le permitió a él confiárselo a ella. Por otra parte, él le dio libertad de actuar como ella lo deseara, tal como corresponde a todo anarquista consciente. Hasta este momento, a decir verdad, hemos vivido una verdadera novela. Nuestro amor se intensificó cada vez más. No podemos vivir completamente en común dada la situación política de mi amigo y el hecho de que debo terminar con mis estudios. Nos encontramos muy seguido en diversos lugares. ¿No es acaso ésa la mejor manera de sublimar el amor alejándolo de las preocupaciones de la vida doméstica? Aunque estoy segura que cuando existe el verdadero amor, lo más bello es el vivir juntos.

«Esto es lo que quería explicar. Pero he aquí que algunos se han erigido en jueces. Y éstos no se encuentran tanto en la gente común sino más bien entre los compañeros de ideas que se tienen a sí mismos como libres de prejuicios, pero que en el fondo son intolerantes. Uno de ellos sostiene que nuestro amor es una locura; otro señala que la esposa de mi amigo juega el papel de "mártir", pese a que ella no ignora nada de lo que nos concierne, es dueña de su persona y goza de su libertad. Un tercero levanta el ridículo obstáculo económico. Yo soy independiente, como lo es mi amigo. Según todas las probabilidades, me crearé una situación económica personal que me liberará de todas las inquietudes en ese sentido.

«Además, la cuestión de los hijos. ¿Qué tienen que ver los hijos con los sentimientos del corazón? ¿Por qué un hombre que tiene hijos no puede amar? Es como si se dijera que un padre de familia no puede trabajar por la idea, hacer propaganda, etc. ¿Qué prueba puede hacer creer que esos pequeños seres serán

olvidados porque su padre me ama? Si el padre olvidara a sus hijos merecería mi desprecio y no existiría más el amor entre nosotros.

«Aquí, en Buenos Aires, ciertos camaradas tienen del amor libre una idea verdaderamente exigua. Se imaginan que sólo consiste en cohabitar sin estar casados legalmente y, mientras tanto, en sus hogares siguen perdurando todas las ridiculeces y los prejuicios que son propios de los ignorantes. En la sociedad burguesa también existe esa clase de uniones que ignoran al registro civil y al cura. ¿Es acaso eso el amor libre?

«Por último, se critica nuestra diferencia de edad simplemente porque yo tengo 16 años y mi amigo 26. Unos me acusan de perseguir una operación comercial; otros me califican de inconsciente. ¡Ah, esos pontífices del anarquismo! ¡Hacer intervenir en el amor el problema de la edad! ¡Como si no fuera suficiente que el cerebro razone para que una persona sea responsable de sus actos! Por otra parte, es un problema mío y si la diferencia de edad no me importa nada a mí, ¿por qué tiene que importarle a los demás? Lo que quiero y amo es la juventud del espíritu, que es eterna.

«Hay también aquellos que nos tratan de degenerados, de enfermos y de otros calificativos de la misma especie. A todos ellos les contesto: ¿por qué? ¿Porque nosotros vivimos la vida en su verdadero sentido, porque rendimos un culto libre al amor? ¿Porque igual a los pájaros que alegran los paseos y los jardines nos amamos sin importarnos los códigos o las falsas morales? ¿Porque somos fieles a nuestros ideales? Yo desprecio a todos los que no pueden comprender lo que es saber amar.

«El amor verdadero es puro. Es un sol cuyos rayos enceguecen a aquellos que no pueden escalar las alturas. A la vida hay que vivirla libremente. Rindamos a la belleza, a los placeres del espíritu, al amor, el culto que ellos se merecen.

«Esto es todo, camarada. Quisiera su opinión sobre mi caso. Sé bien lo que hago y no tengo necesidad de ser aprobada o aplazada. Sólo que al haber leído muchos de sus artículos y al estar de acuerdo con varios puntos de vista, me pondría contenta de conocer su opinión.»

ANEXO:
GLOSARIO NO MONOGÁMICO BÁSICO

Definiciones adaptadas de varios textos, entre los cuales se destaca la *Enciclopedia Anarquista*, Vol. 1, compilada por Sebastián Faure y editada por Tierra y Libertad, México, de donde fueron extractados los fragmentos de J. Marestan y E. Armand.

AMOR.

«Apego sentimental a una persona o gusto pronunciado por una cosa. Tal es la definición de uso corriente que, sin pretenderla perfecta, parece ser la más apropiada para expresar diversos sentimientos que, con frecuencia, tanto por su origen como por su naturaleza, no tienen casi ninguna relación entre sí. Nuestra definición no será completa si no distinguimos entre el amor que tiene por objeto las cosas y el amor que tiene por base a seres animados, principalmente a los seres humanos. Y, en este último caso, distinguir entre el amor que se siente por uno mismo y el que sentimos por el prójimo; entre el amor idealista, familiar o apasionado, y el amor sexual, porque las características no son idénticas.

«El amor a sí mismo está representado por el instinto de conservación personal, con el deseo de adquirir la felicidad y de asegurar el bienestar. Lo que nombramos "amor propio" es el amor a sí mismo concebido desde el punto de vista moral; es decir, el respeto a uno mismo. A medida que éste tiende a conservar lo que hay de mejor en nosotros, aumenta la inquietud de nuestra dignidad con respecto a la apreciación que puedan tener acerca de nuestra conducta aquellos a quienes le hemos concedido estima y afecto. El amor propio y el amor a sí mismo no son defectos, sino grandes y fuertes cualidades que vuelven activo y de trato agradable al individuo, tanto en lo que atañe a su interés particular como, indirectamente, en lo que afecta a virtudes de utilidad social.

«Ni el amor propio, ni el amor a sí mismo deben confundirse con el egoísmo que, desde el punto de vista de la utilidad social, no es una virtud, sino un vicio, si para la palabra egoísmo queremos conservar la significación consagrada por el uso y no exenta de razón. En efecto, la palabra egoísmo no significa —con arreglo a su etimología— amor a sí mismo, sino sobre todo rebuscamiento de satisfacciones personales sin consideración a las consecuencias que esa satisfacción pueda tener para el prójimo. Definido así, el egoísmo aparece como un notable factor de tiranía y como uno de los más grandes obstáculos para la armonía social.

«El amor (y, podríamos decir, el gusto particular o la inclinación) que tenemos por ciertas cosas, en oposición a la indiferencia, parece provenir exclusivamente de la aversión que experimentamos hacia otras cosas, las costumbres y aptitudes trasmitidas por herencia y por sugestión de nuestra

educación primera, modificadas por la propia experiencia y la influencia del medio. Este amor hacia las cosas, que parecen una prolongación de nuestro propio yo, o —fisiológica o intelectualmente— como un alimento en relación con nuestras necesidades, es caracterizado por el deseo de posesión, que no llega a ser un mal mientras no tome proporciones extremas, como el deseo irrefrenable de apropiación o de acaparamiento.

«Si examinamos y estudiamos el amor que experimentamos por los seres vivientes semejantes o cercanos a nosotros, a los cuales nos ligan simpatías, encontramos algo más que el deseo del goce por la posesión, sobre todo cuando no están en juego ni la pasión erótica ni el ardor sexual. ¿Es que no vemos con frecuencia a gentes bien modestas privarse de satisfacer necesidades perentorias para socorrer, sin ninguna certeza de reciprocidad, a gentes que viven en poblaciones lejanas a las cuales seguramente ni siquiera visitarán nunca? Es porque las costumbres milenarias de la ayuda mutua, más fuerte que las rivalidades de todo género, han establecido una solidaridad que a veces se manifiesta por actos espontáneos libres de cálculos, incluso entre seres que pertenecen a razas o especies diferentes. Y es porque las personas que amamos son como una especie de prolongamiento de nosotros mismos, y un poco incluso nosotros mismos. De ahí que participemos indirectamente, a veces de manera muy viva, en sus sufrimientos y alegrías. Y esto nos induce a considerar el amor en su forma más idealista: la que aspira a la felicidad propia por la conciencia de la felicidad ajena, aunque ésta se pague con el sacrificio de nuestro propio placer o de nuestra seguridad. El instinto maternal, la amistad, el misticismo social ofrecen frecuentes ejemplos de lo que acabamos de decir.

«No podemos decir lo mismo del amor cuando es engendrado por la atracción sexual. Esta forma del amor predispone, en efecto, a un verdadero frenesí de apropiación, a una marcadísima sed de éxtasis egoísta, a pesar de las apariencias. Cuando la violencia exquisita y brutal de esos apetitos se modera, principalmente en el hombre, es sólo porque intervienen sentimientos más durables y más dulces: el cariño compartido, la estima mutua, la comunidad de costumbres y aspiraciones. Así, según los temperamentos, las circunstancias y el grado de educación, el amor sexual es susceptible de tomar las más variadas formas.

«En cualquiera de sus manifestaciones, ennoblecido por la inteligencia y el saber, o simple y llanamente en su expresión sexual, el amor debe ser libre. Se basta a sí mismo desde el instante en que sin dañar a nadie embellece nuestra existencia y contribuye a nuestra felicidad. El amor no tiene necesidad de la excusa de la procreación, que es solamente su consecuencia normal, ni de una sanción legal o religiosa, que no son más que reglamentos interesados o simples formalidades convencionales. El amor contiene su propia poesía y su plena

justificación. El humo del incienso y la lectura monótona del código civil son incapaces de hacer nacer el amor en donde no existe, de conferirle moralidad donde no es más que asqueroso regateo. El despotismo del legislador es impotente para restablecer la unión de almas y el apetito de los sentidos en el seno del hogar donde no exista más que animosidad y odio.

«Admitir el principio de la libertad del amor es reivindicar intensamente para los demás, como para nosotros mismos, el derecho de amar a quien nos plazca, de la manera que nos plazca, sin otra obligación que la de tomar bajo nuestra responsabilidad el daño que nuestra conducta haya aportado a la existencia del prójimo».

(***Jean Marestan***)

BIGAMIA.

Figura jurídica que describe el estado civil de una persona casada por segunda vez mientras vive el primer cónyuge. Puede llegar a usarse en lenguaje coloquial para designar la condición de quien ha constituido dos parejas o familias, con o sin casamiento formal. En muchos casos, cuando se habla de *poligamia* o se rotula a alguien como «polígamo» en realidad se está observando que tiene una relación sexual/afectiva con dos personas.

LIBERTAD.

«La libertad en el amor implica que quienes la practiquen posean una educación sexual amplia y práctica. Por *libertad de amar*, por *amor libre*, por *amor en libertad* y por *libertad sexual*, entiendo la entera posibilidad que tiene un ser de amar a otro o a varios simultáneamente (sincrónicamente), según lo empuje o lo incite su determinismo particular, sin atención ninguna a las leyes dictadas por los gobiernos en materia de inclinaciones, a las costumbres recibidas o aceptadas como código moral por las sociedades humanas actuales. Para mí, la libertad del amor se concibe por encima del bien y del mal convencionales».

(***E. Armand***)

MATRIMONIO COLECTIVO.

Un matrimonio que involucra a más de dos. Aunque no está reconocido por la mayoría de los sistemas legales y religiosos de Occidente, aquellos que propugnan este modelo suelen realizar acuerdos que hacen funcionar la relación colectiva en forma semejante a los contratos legales del matrimonio bipersonal. El grupo vive en común, comparte una economía familiar, el cuidado de los niños y las responsabilidades domésticas. La forma más habitual es la tríada entre dos mujeres y un hombre o entre dos hombres y una mujer, aunque pueden existir grupos más numerosos. Se diferencia de la *poligamia* tradicional por cierto énfasis en la paridad de varones y mujeres, por la ausencia de un referente central

despótico (por ejemplo, el patriarca) y por el derecho de cada uno a retirarse de la unión libremente cuando así lo desee.

MONOGAMIA.

En el mejor de los casos, una relación bipersonal basada en un acuerdo explícito de sus miembros de no involucrarse sexual/afectivamente con otros. En el peor, una institución cerrada formalmente a relaciones externas pero en la cual uno de sus miembros (históricamente el varón) quiebra ocasionalmente las reglas que impone en forma rígida (e hipócrita) al otro miembro. Puede desarrollarse mediante una aceptación tácita de cierta «doble moral» (se condena verbalmente la infidelidad al tiempo que se realizan prácticas adúlteras reiteradas) o finalizar cuando la ruptura de las reglas llega a un grado inaceptable (se descubre la «traición»); en este último caso, uno o los dos miembros de la relación podrán formar luego nuevas uniones monogámicas con otros. La mayoría de los sujetos en la sociedad contemporánea vive en un estado de monogamia secuencial, que implica varias uniones y rupturas de corazón a lo largo de una sola vida.

ORGÍA.

Fusión ilimitada de cuerpos que se pierden unos en otros, en un espacio y tiempo excepcionales, donde se trasgreden las prohibiciones y normas habituales del orden social y familiar. Puede incluir la alteración de las reglas del coito habitual entre órganos genitales para abrirse al contacto e intercambio polimorfo de fluidos entre cuerpos. Ésta sería la acepción más estricta, pero también se la ha asociado con ceremonias o ritos arcaicos para asegurar la fecundidad de los campos en sociedades agrarias. Esta última interpretación fue cuestionada por Georges Bataille, para quien la *orgía* organiza un desorden de tipo sagrado, que no toma en cuenta las consecuencias sobre el mundo del trabajo. El término en sí tuvo diversas atribuciones de sentido según las épocas, llegando incluso a representar un tipo de fiesta con altos grados de ebriedad y descontrol, sin carácter sexual explícito. En las últimas décadas del siglo XX, términos como «cama redonda», *party* o simplemente «fiesta» fueron utilizados como sinónimos por distintos grupos, al mismo tiempo que el carácter orgiástico pudo resultar empobrecido o extremadamente limitado por pautas para regular el deseo en los encuentros colectivos (por ejemplo, prohibir o evitar caricias y otros contactos entre machos, como ocurre en la escena clásica de la pornografía heterosexual).

PAREJA ABIERTA.

Noción de cierta circulación mediática durante las décadas de 1960/70. Puede considerarse que una pareja es «abierta» si existe acuerdo entre sus miembros de que es aceptable involucrarse sexual y/o afectivamente con alguien aparte de esa relación. Suelen negociarse normas específicas según las necesidades de cada pareja, o al menos de uno de sus miembros. Por ejemplo, alguien puede requerir notificación previa de cualquier relación exterior que establezca su

compañero/a. O puede pedir «no me digas nada»; es decir, aceptar las relaciones exteriores pero rehusar todo intercambio de información en torno de ellas («ojos que no ven, corazón que no siente»). O puede negociarse que alguien se involucre sexual y/o afectivamente con otro/a fuera de la pareja sólo cuando estén todos presentes («lo hacemos todos juntos o nada»), como los *swingers*. Algunos tendrán reglas estableciendo poder de veto sobre nuevos amantes (jerarquizando al o a los amantes más antiguos); otros acordarán cuánto tiempo puede pasar cada uno con sus amantes (noches enteras o parciales, fines de semana, etc.). Estas y otras restricciones sobre la relación, aunque necesarias para el mantenimiento del orden afectivo, reducen el alcance del carácter libertario que puede sugerir el epíteto «abierto».

POLIANDRIA.

La posibilidad de tener varios maridos. Proviene de la botánica, como condición de la flor que tiene muchos estambres.

POLIFIDELIDAD.

Pauta normativa para una relación cerrada que involucra a más de dos personas. Por ejemplo, un grupo de cuatro limita la relación sexual/afectiva para que ocurra sólo entre ellos (son «fieles» al grupo). Como concepto, se hizo célebre durante 1970/1980 gracias a la comuna Kerista, de San Francisco, que consistió en varias viviendas grupales que seguían este modelo. Se la asocia con el neologismo inglés *poliamory*, que refiere a la posibilidad de tener muchos amores y que puede ser definido como la filosofía y la práctica de amar a más de una persona a la vez.

POLIGINIA.

La posibilidad de tener varias esposas, según la acepción botánica que define así a la flor con muchos pistilos (hembras).

POLIGAMIA.

La posibilidad o el derecho de casarse, unirse, convivir o asociarse sexual/afectivamente con un número indefinido de personas. Históricamente ha sido asociada con el derecho masculino excluyente de poseer varias mujeres (ver *poliginia*) y con la dominación patriarcal. Sin embargo, se ha extendido su acepción al régimen de relaciones en el que una mujer está vinculada con dos o más varones (*poliandria*) o con dos o más mujeres, así como a la situación en la que el varón está vinculado con dos o más varones: la práctica no se encuentra hoy del todo limitada por definiciones de género.

PROMISCUO/A.

Se dice del sujeto que mantiene relaciones sexuales con varios. Con frecuencia de carácter denigratorio, el epíteto está asociado con una mezcla confusa e indiferente. La promiscuidad en el sentido de múltiple convivencia con personas de distinto sexo se origina probablemente en la trasgresión a la antigua regla católica de mezclar carne y pescado en una misma comida durante los días

de cuaresma y otros períodos: promiscuar sería mezclarse y participar en cosas heterogéneas u opuestas.

PRIMARIA O PRINCIPAL, RELACIÓN.

Una relación primaria o principal es aquella considerada la más importante para uno/a y por lo general supone cierto grado alto de compromiso. Se la ha llamado también relación *centra*l (Cooper) en oposición a las relaciones *periféricas, laterales o secundarias* cuyo grado de compromiso es menor que el que existe con la relación principal. Nótese que alguien puede mantener relaciones centrales con más de una persona a la vez, así como cada una de éstas podría tener varias relaciones periféricas al mismo tiempo. Todos podemos ser centro y periferia.

SWINGERS.

Minoría que disfruta de relaciones sexuales ocasionales entre amigos, conocidos y desconocidos. El rótulo tiene su origen en la clase media norteamericana de los años 1940, acaso extraído de un juego de intercambio de cónyuges entre *marines* en bases del Pacífico Sur. Su origen social y cultural condicionó el desarrollo de esta práctica de carácter orgiástico limitado. Suele ser iniciada por parejas heterosexuales que promueven encuentros eróticos colectivos en bares, discotecas y casas particulares, o bien se conocen mediante avisos personales o en eventos programados por redes sociales. Algunas sólo tienen relaciones con otras parejas, otras forman tríos, aun otras invitan a un cuarto hombre para la mujer, o a una cuarta mujer para el varón, etc. Por lo general, desalientan el contacto sexual entre varones y toleran o estimulan una bisexualidad controlada entre mujeres. También hay parejas gays que disfrutan asistiendo a bares, discotecas, baños o cines para tener relaciones con desconocidos, pero la etiqueta de *swinger* quedó sobre todo asociada con una práctica de base heterosexual. Dado que el encuentro erótico tiene un carácter recreativo e intermitente, el discurso anarquista del amor libre, con todas sus connotaciones de compromiso, afectividad y contención en el tiempo, puede encontrarse como retórica con escasa o limitada influencia dentro de estos grupos.



NOMBRE DEL AUTOR. Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit. Nunc vel libero sed est ultrices elementum at vel lacus. Sed laoreet, velit nec congue pellentesque, quam urna pretium nunc, et ultrices nulla lacus non libero. Integer eu leo justo, vel sodales arcu. Donec posuere nunc in lectus laoreet a rhoncus enim fermentum. Nunc luctus accumsan ligula eu molestie. Phasellus vitae elit in eros ornare tempor quis sed sapien. Aliquam eu nisl placerat mi scelerisque semper. Pellentesque habitant morbi tristique senectus et netus et malesuada fames ac turpis egestas. Nulla aliquam, turpis in volutpat tincidunt, nisl ipsum ultrices augue, eu pretium sapien lorem non nibh. Vestibulum accumsan placerat scelerisque.

Notas

[1] Artículo sin firma de autor publicado en *La Questione Sociale* N° 2, Buenos Aires, entre 1895-98. <<

[2] Texto publicado en la antología *El amor libre: la revolución sexual de los anarquistas*, Rodolfo Alonso Editor, Buenos Aires, 1973. <<

[3] **Mijail Bakunin** (1814-1876), nacido dentro de una familia aristocrática rusa, recorrió Europa como militante y como exiliado, fue uno de los fundadores de la Asociación Internacional de Trabajadores o Primera Internacional y escribió varios de los libros más importantes del pensamiento anarquista, entre los que se destaca *Dios y el Estado*. Este fragmento de una carta a su hermano Pablo, fechada en París el 29 de marzo de 1845, fue publicado en *El amor libre: la revolución sexual de los anarquistas*, Rodolfo Alonso Editor, Buenos Aires, 1973. <<

[4] **Luigi Fabbri** (1877-1935) fue un teórico del movimiento anarquista italiano y participó con **Pietro Gori** en la revista *Il pensiero*. Exiliado en Uruguay durante el régimen de Mussolini, creó la revista *Studi Sociali*, continuadora del pensamiento de Malatesta. El presente texto es un extracto del artículo que, bajo el título «El amor libre en la sociedad actual», fue publicado en *La Protesta* del 22 de diciembre de 1924, en Buenos Aires. <<

[5] Fragmentos del artículo «Amor y anarquía», publicado en la revista *Ekintza Zuzena* Nº 31, Bilbao, 2004 y en diversos sitios de Internet. <<

[6] **Errico Malatesta** (1853-1932) fue un militante y pensador anarco-comunista italiano que pasó buena parte de su vida en el exilio e intervino en las luchas sociales de varios países a fines del siglo XIX y principios del XX. Estudió medicina, fue mecánico, electricista y miembro de la Asociación Internacional de Trabajadores a partir de 1871. En 1878 se instaló en Londres. Tras ser arrestado y sentenciado a tres años de cárcel, logró evadirse y viajó a Buenos Aires, donde vivió entre 1885 y 1889. También vivió y luchó en Estados Unidos, España, Bélgica, Francia, Suiza. Volvió a Italia, donde en 1898 se lo condenó a prisión en la isla de Lampedusa. Un año más tarde se escapó en bote durante una tormenta y regresó a Londres, donde fue de nuevo arrestado. En 1919 fundó un periódico anarquista de circulación diaria, *Umanitá Nova*, en el cual escribió: «Las huelgas generales de protesta ya no conmueven a nadie, ni a los mismos que las hacen, ni a aquellos contra quienes se hacen. Si la policía tuviera la suficiente inteligencia para no provocar, pasarían por un día festivo. Hay que buscar otra cosa. Nosotros lanzamos la idea: apoderarse de las fábricas». <<

[7] Artículo publicado en el Suplemento de *La Protesta* del 30 de enero de 1922, Buenos Aires, bajo el título «El amor libre». <<

[8] **Evelio Boal** fue secretario del Comité Nacional de la Confederación

Nacional del Trabajo (CNT) de España hasta su asesinato a manos de pistoleros de la patronal catalana, en 1921. <<

[9] **CrimethInc**. es un colectivo internacional de ex trabajadores, mujeres y hombres que «ya no desean ser meros trabajadores», según indica la presentación de la revista *Heraldo* en la que se publicó —en una fecha indeterminada de fines del siglo XX— el artículo «Adulterio (y otras medias revoluciones») del que fueron extractados estos párrafos. Con cuartel general en Atlanta, EE.UU., y un comité de «guerrilla latina» en La Habana, Cuba, el Colectivo CrimethInc., se define a sí mismo como «células secretas, descentralizadas y autónomas, probablemente presentes en cualquier lugar donde se hable, escriba u oiga español. Todo lo que se pueda afirmar acerca de ellas no se puede comprobar si es o no es cierto». <<

[10] **Paul Robin** (1837-1912) fue uno de los fundadores de la moderna pedagogía francesa. Excluido de la Primera Internacional por su apoyo a Bakunin, vivió exiliado en Suiza y Gran Bretaña. En Francia fundó y dirigió el Orfanato de Prévost, en Oise, en el cual 600 niños recibieron una educación libertaria entre 1880 y 1894. El presente artículo, bajo el título original de «Amor y maternidad libres», fue publicado en *La Protesta* del 11 de abril de 1906, Buenos Aires. <<

[11] **Emma Goldman** (1869-1940) nació en Rusia y a los diecisiete años emigró a Estados Unidos, donde militó por los derechos de la mujer e inició el movimiento por el libre acceso a los anticonceptivos. De *Anarchism and Other Essays* (publicado en 1917) fueron extractados estos fragmentos que, con traducción de Joaquina Aguilar López y bajo del título «El amor entre las personas libres», aparecieron en castellano en la antología de Irving Louis Horowitz *Los anarquistas 1/La teoría*, Alianza, Madrid, 1964. <<

[12] Extractado del artículo «¿Amemos? no. ¡Luchemos!» de *La Voz de la Mujer* Nº 2, enero 31 de 1896, Buenos Aires, reproducido por la Universidad Nacional de Quilmes, 1997. Este periódico, cuya publicación se extendió por nueve números entre 1896/97, fue vocero del feminismo anarquista. <<

[13] **María Lacerda de Moura** (1877-1945) fue pionera del movimiento feminista brasileño, partidaria del amor libre, periodista y educadora. En 1923 creó la revista *Renascença.* Algunos de sus libros son: *En torno da educação, Amai e nao vos multiplequeis, Religiao do Amor e da Beleza, Han Ryner e o Amor Plural.* <<

[14] **Roberto de las Carreras** (1873-1963), dandy, polemista, provocador uruguayo, hijo de Ernesto de las Carreras y de Clara García de Zúñiga, fue amigo de Julio Herrera y Reissig, quien compartió muchas de sus ideas y aventuras. Entre sus libros y folletos se cuentan *Al lector, Sueño de Oriente*, *La tragedia del Prado, La crisis del matrimonio, Oración pagana, Psalmo a Venus Cavalieri*. Estos fragmentos corresponden a *Amor libre: interviews voluptuosos con Roberto de las Carreras*, cuya primera parte se publicó en *La Rebelión* el 25 de agosto de 1902. <<

[15] **E. Armand** es el pseudónimo de Ernest Juin (1872-1963), un teórico del

anarquismo individualista y uno de los más entusiastas defensores del amor libre. Creador de los periódicos *L'en dehors* y *L'Unique*, Armand escribió varios ensayos, entre los que se cuentan *Qu'est que'un anarchiste? Theses et opinions*, *Iniciación al individualismo anárquico*, *Gentes y comunidades curiosas* y *Formas de vida en común sin estado ni autoridad.* Estos fragmentos fueron tomados de sus libros *Amor libre o sexualismo subversivo: variaciones sobre la voluptuosidad* (Biblioteca Editorial Generación Consciente, Valencia) y *La camaradería amorosa* (Biblioteca Sarmiento, Buenos Aires), ambos escritos entre los años 1920-1930. <<

[16] Extractos de dos cartas que habrían sido enviadas a E. Armand desde las afueras de París en junio de 1924 y publicadas en *L'en dehors*, números 44 y 83. Una de ellas estaba firmada por «una compañera del Grupo "Atlantis"». Acerca de este misterioso grupo, cuya denominación aparece entrecomillada en el libro *La camaradería amorosa,* Armand sólo dice: «Razones sobre las que no nos es dable extendernos hacen que esta agrupación, cuya actividad es clandestina, esté obligada para subsistir a mantener el más estricto incógnito». <<

[17] **Giovanni Rossi, «Cardias»** (1856-1943) fue un periodista, poeta, músico, veterinario y agrónomo italiano cuyo folleto *La Comuna Socialista*, de 1876, influyó sobre el emperador brasileño Pedro II a tal punto que logró la donación de tierras vírgenes en el estado de Paraná para un experimento en amor libre. En 1890, Cardias reunió a doscientos seguidores que zarparon del puerto de Génova y fundaron en tierra brasileña la Colonia Cecilia, que duraría cuatro años y en la cual participarían unas trescientas personas. La ausencia de apoyo oficial tras la proclamación de la República brasileña, las penurias económicas y la erosión del entusiasmo inicial terminaron por derrumbar la iniciativa. Algunos cecilianos dejaron notable descendencia: Zelia Gattai, esposa del novelista Jorge Amado y nieta de uno de aquellos pioneros, habla de la experiencia en su libro *Anarquistas, gracias a Dios*. El folleto *Un episodio de amor en la colonia socialista Cecilia* fue publicado originalmente en Buenos Aires en 1896 en la revista *Ciencia Social*. Aquí se reproducen algunos fragmentos del texto que, traducido por J. Prat, apareció en *Utopismo socialista (1830-1893)*, ed. Carlos M. Rama, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977. <<

[18] **Los Diggers** (de *digger*, excavador, labrador) surgidos en California a mediados de la década de 1960 habrían tomado su nombre de los rebeldes ingleses del siglo XVI cuyo comunismo agrario se basaba en el ideal cristiano; la voz *dig* también tiene muchas otras acepciones vinculadas con «apreciar», «comprender», etc. El grupo fue impulsado por Emmett Grogan, un ex actor de la San Francisco Mime Troup, como movimiento contra el dinero y por la gratuidad de bienes y servicios que organizó voluntarios para distribuir ropa y alimentos, proveer albergues de emergencia y ayudar de varias formas a los numerosos jóvenes que afluían masivamente a las calles de esa ciudad en aquella década. El presente

manifiesto fue publicado por Alex Louwsiewkee en el fanzine inglés *OZ* Nº 4, bajo el título «The Digger thing es your thing… if you are really turned on» y reproducido por Mario Maffi en *La cultura underground*, vol. I, Anagrama, Barcelona, 1972. <<

[19] **América Scarfó** tenía 16 años cuando escribió esta carta, y el amor al que hace referencia no es otro que el de Severino di Giovanni. Acerca de la relación entre ambos, puede consultarse a Bayer, Osvaldo, *Severino di Giovanni. El idealista de la violencia*, Planeta, Buenos Aires, 1999. Allí, Bayer dice que antes de la carta, «una borrasca había enturbiado la relación de Severino y América. Las críticas de los compañeros, los impedimentos casi insalvables para continuar la relación, su propia situación familiar hacen crisis en América, quien le hará reproches a Severino y le dirá que termina con la relación… Como típica reyerta de enamorados, el reencuentro borrará todos los problemas y sellará la unión con más fuerza. De ese reencuentro saldrá la carta de América para *L'en dehors*. Que era una especie de acta que oficializaba los sentimientos hasta ahora retenidos en la intimidad».

Bajo el título de *Una experiencia*, la carta fue publicada en *L'en dehors* el 20 de enero de 1929, junto con la respuesta de E. Armand:

«Compañera: mi opinión importa poco en la materia de lo que me transmites sobre lo que haces. ¿Estás de acuerdo íntimamente con tu concepción personal de la vida anarquista o no estás de acuerdo? Si estás de acuerdo, ignora los comentarios e insultos de los otros y continúa tu camino. Nadie tiene el derecho de poder juzgar vuestra forma de conducirte, aun en el caso que la esposa de tu amigo fuera hostil a esas relaciones. Toda mujer unida a un anarquista (o viceversa) sabe muy bien que no deberá ejercer sobre él o sufrir de parte de él una dominación de cualquier orden». <<